

PUNTO ROJO

**BRU
GUE
RA**

BOLSILIBROS



POLICIACO

CUATRO DAMAS Y UN SABUESO

Rocco Laser



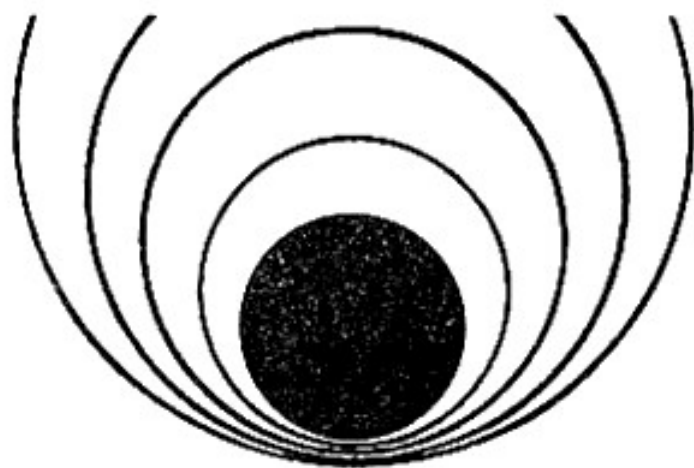
CUATRO DAMAS Y UN SABUESO

ROCCO LASER



Colección
PUNTO ROJO n.º 1.095
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS -
MEXICO



PUNTO ROJO



ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

574 — Matanza en el fuerte Benson.

En Colección CALIFORNIA:

1.350 — La venganza de Lorena Flover.

En Colección COLORADO:

495 — Llegó un rural.

En Colección BRAVO OESTE:

302 — Infierno de oro.

En Colección KANSAS:

451 — El peso de la justicia.

ISBN 84-02-02520-X
Depósito legal: B. 4.938-1983
Impreso en España Printed in Spain
1ª edición: abril. 1983
2ª edición en América: octubre, 1983

© Rocco Láser — 1983 texto
© Porredón 1983 cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Camps y Fabrés, 5.
Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de
Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallés (N-152, Km 21.650)
Barcelona 1983

CAPÍTULO PRIMERO

JOHNNY Morgan siguió al encargado de los apartamentos y éste abrió el despacho número 15.

Dentro había un escritorio mugriento, tres sillas y un armario, todo lleno de polvo. El teléfono era viejo y negro.

—¿Le gusta, señor Morgan?

Johnny se pasó un dedo por debajo de la nariz.

—He visto ratoneras peores.

El encargado rió.

—No está mal por veinte dólares a la semana, ¿eh?

—Puede soportarse.

—Si paga los veinte primeros ya puede ocuparlo desde ahora.

—¿Y si me comen las ratas?

El encargado seguía riendo de buena gana.

—El sicoanalista que tenía alquilado este despacho salió enterito hacia otros barrios mejores. Nadie se lo comió. Johnny arrugó la nariz al entrar en el cubículo.

—Me lo voy a quedar.

—Hará un buen negocio. Ya quedan pocos despachos por este precio en la zona de Bay Street.

—Déme la llave.

—Los veinte dólares...

Johnny se rascó el bolsillo y extrajo el dinero.

—Tendré que colocar un letrero en la puerta.

—¿Qué clase de letrero?

—Pone: «Johnny Morgan. Detective Privado.»

—Resulta rimbombante.

—Es lo que deseo. Que atraiga clientes.

—Tendrá buena clientela en este barrio, señor Morgan.

—Bien. Déme la llave.

—Aquí las tiene. La más gruesa es la del patio.

Johnny tomó el llavero.

—Necesitaré los servicios de una mujer de la limpieza.

—Cinco dólares más a la semana.

Johnny extrajo el dinero adicional.

—Habrás que abrillantar un poco el despacho.

—La mujer de la limpieza está en el cuarto piso. La avisaré para que pase por su palacio.

—Gracias. Ahora voy a colocar el letrero en la puerta. ¿Tiene cuatro clavos?

—Bajemos al despacho donde tengo de todo, menos dinero.

Johnny y el encargado descendieron a la planta baja y éste enredó un poco en la parte de atrás. Después apareció con el martillo y los clavos.

Johnny tomó las herramientas y salió a la calle.

Buscó un lugar apropiado entre la maraña de anuncios y se dispuso a clavar su letrero de detective privado.

Lanzó una mirada a su alrededor como si quisiera convencerse de que había sabido elegir el lugar. Efectivamente, el encargado le había dicho que ya quedaban pocos despachos en aquella zona y tenía toda la razón. El sitio no era malo. Era una esquina en la confluencia de Bay y Long Street. Un lugar muy frecuentado. Y el más barato de los Angeles.

Johnny ajustó el letrero a la pared y comenzó a clavar el primer clavo.

Sintió una especie de emoción porque aquello significaba inaugurar su despacho de detective privado. Ahora todo dependía del destino.

La gente pasaba sin mirarlo, excepto un sujeto de unos cincuenta años cabello canoso, ojos brillantes y bien vestido.

El tipo se puso a contemplar al hombre y a su letrero.

—¿Dónde está el detective privado? —inquirió, tomando al joven por el encargado de los apartamentos.

—Está usted hablando con él.

—Infiernos, ¿de verdad?

—Acabo de estrenar despacho, amigo.

El cincuentón se mordisqueó los labios, mirando de un lado a otro.

—¿Podría atenderme ahora?

—Déjeme acabar de colocar el letrero —dijo Johnny. Este ajustó el cuarto clavo. Luego, sacó un rotulador y colocó, debajo de la leyenda, la indicación: Despacho 4-B. —Bien: ¿En qué puedo servirle, amigo?

El cincuentón estaba cada vez más nervioso.

—¿Por qué no subimos a su despacho?

—Lo están limpiando. De modo que puede decirme aquí lo que desea. No será usted un cobrador de impuestos, ¿eh?

Aquello hizo sonreír al cincuentón, aunque con una mueca de preocupación.

Contempló a la gente que iba de un lado a otro.

—Cualquier sitio es bueno —dijo.

—¿Es usted un cliente?

—Creo que sí.

Johnny experimentó un aumento de emoción.

—Estupendo, ¿de qué se trata?

—¿Un cigarrillo? —dijo el cincuentón.

—No fumo, gracias.

El hombre que hablaba con Johnny encendió un cigarrillo sin poder ocultar que le temblaba el pulso.

—Mi nombre es Charles Copland.

—El mío ya lo ve en la placa de la puerta: Johnny Morgan.

—Se trata de mi esposa. Ese es el asunto.

Johnny asintió de una cabezada.

—Ha ido usted a parar al lugar más apropiado. Me encantan los casos de esposas.

—¿Qué experiencia tiene usted, señor Morgan?

—Ninguna —dijo Johnny.

—¿Cómo?

—Acabo de colocar mi anuncio como detective privado. Es evidente que no poseo experiencia.

—Oh —dijo Charles Copland—, Pues sí que me he lucido.

—No voy a engañar a nadie.

—Pensé que lo que estrenaba era el despacho. No la profesión.

—Ambas cosas, señor Copland.

Este estaba ahora cejijunto.

Johnny se aclaró la garganta.

—He terminado brillantemente mis estudios en la Academia Internacional de Detectives.

—Ya.

—Tengo buenas notas y un diploma que podrá ver en mi despacho.

Copland lo miró con ojos de simpatía.

—Por lo menos parece listo.

—No me puedo quejar. Y además estoy bien preparado para aceptar cualquier asunto. Quiero decir que he sido bien adiestrado.

—Bien —dijo Copland—, Me parece muy bien. ¿Qué trabajos ha hecho con anterioridad?

—Trabajé por mi cuenta en una oficina de cobros, luego fui piloto de fórmula uno. Y finalmente, me dediqué algún tiempo a la venta de coches usados.

—Y ahora a brillar como detective privado, ¿eh?

—Esa es la intención.

Copland se echó a reír, aunque denotaba amargura.

—Tiene gracia.

—¿El qué?

—Soy su primer cliente.

—Sí, señor. Y gracias a eso tendrá un descuento especial de mis servicios.

—¿Cuánto cobra usted?

—Cuatrocientos la primera semana y las restantes a doscientos.

Copland asintió, juntando las cejas.

—Acepto sus honorarios. Aunque no son muy bajos.

—Es lo que se cobra por estos barrios, señor Copland.

—¿Por qué no entramos en el bar, muchacho?

—Estupendo, señor Copland. Tengo ganas de tomar un whisky.

Los dos hombres se dirigieron a un establecimiento abierto un poco más abajo.

Pidieron dos whiskies en la barra medio vacía.

—¿Qué le ocurre a su esposa? —inquirió Johnny.

Copland bebió un sorbo en su vaso.

—Es largo de explicar.

—Tenemos mucho tiempo.

Copland dejó el vaso sobre el mostrador.

—Mi esposa me tiene muy preocupado.

—Entiendo. Usted cree que se la pega.

—No saque conclusiones precipitadas.

—Lo he dicho porque suele ser el caso más corriente.

—Pero mi problema es más grave, Johnny.

—Soy todo oídos.

Copland jugueteó con el vaso.

—Estoy a punto de morir.

—Eh, usted tiene muy buen aspecto.

—Quiero decir que van a matarme.

Johnny entrecerró los ojos.

—¿Quién?

—Ahí está lo bueno. No sé de dónde surgirá el asesino. Pero ya lo han intentado tres veces.

—¿Acudió a la policía?

—No, Johnny.

—¿Por qué?

—Sospecharían de mi esposa. Ella es casi treinta años más joven que yo. Cuando yo muera, heredará mi complejo industrial. Me dedico

a la fabricación de jugos.

—¡El jugo de tomate Copland! ¡Ahora me doy cuenta!

—Sí, Johnny. Soy ese industrial.

—¡Infiernos, vaya suerte la mía! Mi primer cliente y es nada menos que el señor Copland el de los jugos. ¿Por qué me ha elegido a mí?

—Intenté un contacto con Detectives Unión. Pero no podían recibirme. De modo que, cuando le vi colocar el letrero, me decidí por usted. Ya me queda poco tiempo... He de darme prisa...

—Conserve la calma, señor Copland.

El hombre que envasaba jugos de tomate sacudió la cabeza pesarosamente.

—La primera vez que lo intentaron me cortaron los conductos de los frenos. Yo conducía a más de ciento ochenta y de repente el pedal no funcionó. Salté al agua de las marismas que me sirvió de colchón y así evité quedar pulverizado como le ocurrió a mi Jaguar.

—¿Y la segunda?

—Alguien raspó el cable del calentador del baño que contactó con la cañería. Gracias a que mi perro tenía la costumbre de husmear en el agua, no quedé asado como un cochinillo. El pobre «Dan» murió sin emitir un aullido, electrocutado.

—infiernos, ¿ha habido más intentos?

—Sí, Johnny. Hace una hora, descendí de mi nuevo coche y un extraño furgón estuvo a punto de arrollarme. Vea mi manga rasgada.

Johnny observó la rotura del traje, pero también se apercibió del temblor de los dedos de aquel pobre millonario.

—¿Tiene alguna idea de quién quiere su piel...?, perdón, quería decir, su vida.

Copland resolló como si le faltara el aire.

—No hay tiempo, Johnny... Ya no queda tiempo para explicar nada más... yo...

—¿Se encuentra bien, señor Copland?

El cincuentón boqueó repetidas veces.

—¡Almas del purgatorio! ¡Creo que lo han conseguido!

El grito atrajo la atención de vanos clientes.

Johnny pestañeó, perplejo, pero algo le aseguró por dentro que aquel hombre se estaba muriendo.

—¡Señor Copland! —gritó, al ver que el hombre de los jugos de tomate se precipitaba en el suelo.

Saltó de la banqueta y se arrodilló.

—Me muero, Johnny...

—Eh, no exagere.

—No puedo moverme... Saque un sobre con dos mil dólares que llevo en el bolsillo... Busque al que lo ha hecho... Y suya es la plata.

Johnny levantó la cabeza hacia el mostrador. Miró al barman.

—¡Llame a una ambulancia, muchacho!

Copland tenía los ojos muy abiertos, como si le fueran a salir de las órbitas. De súbito, gritó:

—¡Yo no soy Tutankamen!

Johnny dio un respingo, mientras recibía el sobre del dinero.

—Por supuesto que no. Usted es Charles Copland. De modo que cálmese.

—¡No soy Tutankamen! —chilló el cincuentón.

De repente, dobló el cuello y se quedó mirando con vidriosa fijeza la base del mostrador.

Johnny Morgan colocó el pulgar y el índice en la región de las carótidas y se cercioró de lo que temía.

Alzó la cabeza y dijo al barman que discaba el teléfono:

—No-hace falta correr, muchacho. Se nos ha ido.

—Y menos mal que no es el Faraón —gruñó el encargado de la barra—. Aunque ya es una momia.

Capítulo II

EL despacho continuaba con su aspecto de deprimente ratonera, aunque la mujer de la limpieza había trabajado lo suyo.

Johnny Morgan acabó de redactar el informe detallado de su entrevista con Charles Copland y firmó al pie del documento.

La puerta se abrió a medias y en el hueco apareció una linda muchacha, vestida con blusa y pantalones vaqueros.

—Oh, perdón. —Sus negros ojos recorrieron el recinto—. Ya me he colado otra vez en el cuarto de los muebles viejos.

Johnnyladeó la cabeza.

—Le gustan los chistes, ¿eh?

—¿No es esto el desván?

—No, muñeca. No lo es.

—Comprendo, aquí deben reparar el mobiliario de la casa... Lo siento, señor ebanista. Seguiré buscando el despacho del detective. Mil perdones...

—¡Este es el despacho del detective!

Ella entreabrió los rojos labios. Pestañeó.

—¿En serio?

—Se lo puedo jurar.

—No me diga ahora que usted es Johnny Morgan.

—Se lo digo.

La recién llegada hizo una mueca.

—Era raro tener tanta suerte...

—Le veo cara de decepcionada, preciosa.

—No es para menos. Cuando vi su anuncio con la oferta de empleo, en el bar de al lado, confieso que me llené de ilusiones.

—Un momento. No nos referimos al mismo anuncio. Hay dos más. Y el mío dice: «Necesito chico para recados y atender al teléfono...» Usted no tiene nada de chico.

—Yo podría haber atendido ese teléfono.

—Ya está claro. Usted necesita la pasta y ha intentado probar suerte.

—Por lo menos es clarividente.

—Pero no le gusta el aspecto de la casa.

—Es que no estoy vacunada contra la peste.

Johnny respiró profundamente.

—¿Le parecen bien setenta a la semana?

La joven pareció apenada.

—No hemos nacido el uno para el otro. Adiós, señor Morgan.

—Pudo ser hermoso —volvió Johnny a suspirar—. Me gustan las chicas con chispa.

La puerta se cerró y oyó alejarse los pasos de la joven.

Volvió al escritorio y empleó cinco minutos en redactar un anuncio de propaganda para insertarlo en el periódico.

En eso, se abrió la puerta y reapareció la morena.

—Me quedo.

El joven detective alzó una ceja.

—¿Cómo te llamas?

—Jennie Adams. Soy estudiante de Leyes. En Sandford.

—Infiernos, sólo faltaba un abogado en la familia.

—Estoy de vacaciones y sin un centavo, señor Morgan.

—No lo jures. —Johnny extrajo un rollo de billetes y traspasó un par de ellos a su nueva empleada—. A cuenta.

—Usted es un santo, jefe.

—Atenderás al teléfono, escribirás con la vieja máquina que hay en el cajón de la mesa y te vas a ir a colocar este anuncio en la prensa. *The Telegraph* es un buen diario para estos avisos.

—Lo conozco. El año pasado convocó un concurso que se llamaba «Las caderas más bonitas de la costa». Me dieron el tercer premio: un lote de productos para belleza y cincuenta pavos.

Johnny pasó los dedos por el flanco derecho de la joven.

—No hay justicia. Un cochino tercer premio.

—Las zarpas quietas, jefe. Aclaremos ese punto.

—De acuerdo. Sólo tomaba medidas para cerciorarme.

—Mis medidas son: ochenta y cinco, cincuenta y uno y ochenta y ocho. Y ahora me voy al periódico, para la propaganda.

Abrió la puerta y tragó aire al ver a un tipo de casi dos metros y muy mala catadura.

—¿El detective bonito? —inquirió el tipo.

Jennie se humedeció los labios.

—Eh, jefe. Aquí tiene un cliente.

—No soy un cliente —gruñó el recién llegado—. Me llamo Junot.

Johnny avanzó al tiempo que el llamado Junot cerraba la puerta con el pie.

—Lo siento, amigo. Si viene por lo del anuncio del empleo lamento informarle que la plaza ya está cubierta.

—Vengo a romperle varias costillas, detective.

—¿De veras?

—En el caso de que se empeñe en no hacer lo que yo le diga.

—¿Y qué me dice usted, Rompecostillas?

—Quiero la pasta.

—Eh, Junot. Usted no tiene cara de recaudador de impuestos. ¿A qué pasta se refiere?

—A la que le dio el señor Copland cuando se estaba muriendo.

—¿Cómo se enteró?

—El barman escuchó sus últimas palabras.

—Ese bocazas...

—Verá, detective. Se me asignó para que cuidara al señor Copland. Estaba un poco trastornado. ¿Comprende? Un poco flojo de tornillos. Conque yo iba detrás de él para que no cometiera tonterías. Al darle a usted un sobre con dinero, hizo una de sus últimas bobadas. Entregarle la plata a cambio de nada.

—Me dio el dinero para que le resolviera un caso.

—Ahora ya está cadáver a causa de su corazón. Conque devuelva los fondos y no trate de aprovecharse de la situación. Yo me encargaré de reintegrar el importe del sobre a la familia.

—¿Ha dicho a causa del corazón?

—Esa era otra de sus pegas. Además de ser un chiflado también estaba flojo del corazón.

Johnny lanzó al aire una moneda de dólar que Junot atrapó instintivamente.

—invita la casa, Junot. Ahora lárguese,

Junot emitió una risotada y guiñó un ojo a la muchacha, que parecía muy impresionada.

—¿Lo estás viendo, muñeca? Le estoy pidiendo la plata con educación y ahora tu jefe quiere invitarme a un whisky. Ah, perro mundo...

Disparó la derecha, pero Johnny se hallaba atento y el golpe se perdió en el vacío.

Entonces, Johnny dejó escapar la izquierda hacia el hígado del grandullón.

Junot abrió los ojos de par en par.

—¡Infiernos, has estado a punto de matarme!

Replicó a su vez con otro izquierdazo que Johnny blocó con el antebrazo y cuando iba a dejar caer su maza diestra, Johnny se agachó súbitamente.

Junot pasó por encima de él.

Lo hizo tan limpiamente que sus dos metros de estatura quedaron en horizontal, desafiada la ley de la gravedad.

Y embistió el vacío, justo por el hueco de la ventana.

Gritó aterrado al verse en la calle.

Johnny y Jennie cambiaron una mirada de asombro.

Luego el joven se asomó al alféizar y echó un vistazo.

Junot estaba despatarrado sobre el techo de un camión.

La altura era de un piso y se deducía qué sólo estaba mareado.

Jennie hizo un mohín.

—Le van a multar por lanzar desperdicios por la ventana, jefe.

—No hay ningún policía a la vista.

—¿Que no? ¿Y quién cree que son esos dos hombres que están ahora atendiendo a Junot?

—Infiernos, uno me resulta conocido. De vista, claro.

—El de la cabeza gorda, de unos cuarenta y tantos años, es el teniente Wimbledon. El otro joven es Murphy. Y los dos pertenecen a la Brigada de Homicidios.

—Hola.

—Sí, jefe. Los conozco porque estuvieron en Sandford, dando una charla sobre delincuencia a todos los estudiantes. Ya suben. Conque será bueno que entregue esa declaración sobre la muerte de Copland.

—¿Cómo lo has leído?

—Sé leer del revés y tengo buena vista, jefe.

Johnny emitió un gruñido.

—Vete al periódico de una maldita vez.

La muchacha asintió y, cuando salía, franqueó el paso a los dos policías.

Wimbledon tenía el rostro tallado en piedra.

—Usted es el que vino a la Jefatura a que le selláramos la licencia de detective. Recuerdo su cara.

—Acertó, teniente.

—¿Qué le ha pasado a Junot?

—Perdió el equilibrio y se fue a la calle.

Wimbledon observó la ventana muy baja y demasiado grande para el despacho.

—Seguro que vino a sacarle algún dólar.

—¿Cómo lo sabe, teniente?

—Yo lo sé todo, Morgan. Todo. Junot siempre estaba al acecho para exprimir a cualquiera con el más mínimo pretexto.

—El ayudante Murphy se estaba riendo entre dientes, mirando a su alrededor.

—Eh, jefe. Yo creía que estas pocilgas sólo salían en las viejas novelas. Cielos, cuánta cochambre...

—Oiga, Morgan —dijo el teniente—. Usted asistió a los últimos

momentos de Copland, cuando le dio el ataque.

—No me pareció un ataque.

—Lo fue. Morgan.

El joven detective entregó el informe que había preparado para la policía.

El teniente leyó rápidamente y su cara se arrugó como el que muerde una manzana y descubre gusanos.

—Oiga, Morgan. Ustedes los jóvenes detectives se mueren de ganas por encontrar un caso de asesinato. Comprendo que ven mucho cine. Y resulta natural. Pero le aconsejo que olvide los homicidios, y se dedique a descubrir esposas infieles y hallar viejecitos extraviados. Ese es su trabajo.

—De modo que no cree una palabra de lo que pone ese papel.

El teniente hizo una bola con el informe del detective y lo tiró por la ventana.

—Copland estaba loco. Tenía manías persecutorias. Incluso dicen que pagaba a un actor para que hiciera de asesino y le diera sustos. Para postre, tenía una grave lesión en la válvula mitral. Y eso fue lo que lo mató.

—¿Ya le practicaron la autopsia?

—Mañana. Pero el doctor que le echó el primer vistazo dedujo de inmediato que fue un fallo cardíaco a juzgar por ciertos detalles médicos que no vienen al caso.

El rubio ayudante llamado Murphy reía con ganas porque acababa de descubrir una lupa en la valija del detective.

—Eh, ¿también tiene una pipa?

—Deja los chistes y larguémonos, Murphy —masculló el teniente.

—Espere, jefe. Aquí tiene además una pequeña caja de caudales.

—No la toque, Murphy —intervino Johnny, secamente.

Pero el ayudante tiró de la tapa.

Hubo una ligera explosión y un chorro de gas envolvió la cara del rubio.

Comenzó a ahogarse, a toser, y se precipitó hacia la ventana en busca de aire fresco.

Lo hizo con tanto impulso que dio la vuelta, a punto de irse abajo.

Johnny lo rescató tirando de él con fuerza, pero no pudo evitar desgarrarle el traje.

El rubio tenía el rostro rojo como la grana y las lágrimas brotaban de sus ojos.

—¿Qué infiernos? —rugió el teniente.

—Es mi caja de ahorros y tiene una trampa. Ya le dije al muchacho que no la tocara.

Wimbledon empujó a su ayudante hacia la salida porque tosía sin parar.

—¡Esto no se lo perdonará Murphy!

—Pero aprenderá mucho —replicó Johnny.

El teniente quiso agregar algo, pero optó por cerrar de un portazo y largarse con el congestionado rubio.

Capítulo III

JOHNNY Morgan se dedicó en cuerpo y alma a organizar la oficina, abriendo ficheros y clasificando el material de investigación de su valija.

Hizo varias llamadas para ponerse en contacto con la señora Copland. Y alquiló un coche también por teléfono.

Se interrumpió al ver entrar a Jennie, que reía de buena gana, y colgó.

—Si viera la cara del ayudante del teniente...

—¿Qué le pasa al rostro de Murphy? —inquirió Johnny.

—Se le ha puesto verde y no hay forma de borrarle el color. Lo están intentando con alcohol. Los he visto en el bar de al lado, comentando lo ocurrido con su caja de caudales.

—Que te sirva de advertencia para no registrar en mi hucha, Jennie.

—Tenga confianza en mí, jefe.

Johnny contempló sus ojos grandes y negros, aquel rostro de perfecto óvalo y los labios palpitantes.

—Jennie...

—¿Sí, jefe?

—Creo que nos vamos a entender muy bien...

—Si se refiere a algún lío entre jefe y secretaria, está más que limpio. Soy una muchacha decente que quiere graduarse y ejercer su carrera, casarse, tener media docena de hijos...

—Y yo también —susurró Johnny, ahora muy cerca de ella.

—¿Quiere ser una muchacha decente, graduarse...?

Johnny la besó suavemente en los labios,

—Me refería a la última parte.

—A la media docena. Está fuera de toda duda.

—Sí, Jennie.

Ella le echó los brazos al cuello y susurró:

—Podíamos hablar más despacio del asunto, jefe...

Se besaron.

Cuando recuperaron el aliento, cambiaron una larga mirada llena de promesas en silencio.

Iban a aproximar sus labios de nuevo, pero la puerta se abrió con

brusquedad.

Dos sujetos enormes como montañas entraron al mismo tiempo, los rostros más inquietantes que Johnny y Jennie podían haber visto en su vida.

Lo peor es que el más viejo, un calvo de labios gordos, empuñaba una pistola de casi dos palmos debido a la prolongación del silenciador.

Hizo fuego.

La bala se incrustó en el armario del fondo con un chasquido siniestro.

Pero sólo era un disparo de intimidación.

—La otra le volará la cabeza, Morgan —dijo el calvo.

Johnny apretó los maxilares.

—¿Qué está pasando?

—Queremos el sobre.

—¿Qué sobre?

El calvo arrugó los labios como morcillas.

—No se haga el bobo, Morgan. Me refiero al pliego que le dio el señor Copland.

—¿Cómo lo saben?

—El tipo del bar lo vio todo. El señor Copland le entregó un sobre con dinero.

—De modo que quieren robarme.

—Lo que queremos es que obedezca. El sobre. Deprisa.

Johnny emitió un gruñido y fue hacia la valija.

Extrajo el pliego con los dólares que le había entregado el difunto Copland.

Lo arrojó hacia el calvo, quien atrapó el botín con la mano libre.

Pero el movimiento lo distrajo unas décimas de segundo.

Johnny aprovechó la circunstancia para levantar la pierna bruscamente, en un movimiento que escapó a un abrir y cerrar de ojos.

Su pie golpeó justo en la muñeca del calvo, de modo que rebotó casi dos metros arriba.

Sonó otro disparo y esta vez la bala arrancó el revoque del techo dejando caer una lluvia de yeso.

A continuación, Johnny descargó la derecha con fuerza en el maxilar del tipo, que todavía no había perdido el arma.

No se entretuvo en comprobar los efectos del golpe, sino que embistió con la cabeza el estómago del segundo visitante al que sorprendió perplejo por lo repentino de los acontecimientos.

El tipo encajó el impacto tragando aire con violencia.

Johnny le conectó sin demora una coxa en los cuartos traseros.

Y el fulano atravesó el despacho como un meteoro. Salió limpiamente por la ventana demasiado grande para aquel recinto.

Jennie recuperó el aliento y echó un vistazo a la calle.

—¡Cielos! ¡Esta vez no había un camión abajo, jefe!

Como el calvo gruñía medio inconsciente en el suelo Johnny acabó de arreglarlo con un taconazo en el cuello que lo durmió definitivamente.

Luego se asomó a la ventana, junto a Jennie.

—Estas ventanas son un peligro, demonios.

Jennie pestañeó, admirada, vuelta hacia él.

—¿Cómo lo hace, jefe?

—Mitad Kun-fú, mitad Aikido. Me gustan las artes marciales.

—Me refiero a tirar a alguien por la ventana, justo cuando el teniente Wimbledon está cerca de aquí.

—¿Otra vez Wimbledon?

El teniente se abrió paso entre el remolino de público atraído por la caída del sujeto.

Miró hacia la ventana y, al ver al joven detective, masculló apuntando con un dedo amenazador.

—¡Maldito sea, Morgan! ¡Esta vez va a tener que explicarse! ¡No voy a tolerar...! ¡Infiernos, no se lo permitiré...! ¡Quédese ahí arriba!

Johnny le guiñó un ojo.

Escondió la cabeza y se volvió hacia el calvo que inexplicablemente estaba recuperando el conocimiento a pesar de lo que había recibido, que no era poco.

—¿Dónde estoy? ¿Qué me pasó?

Johnny esgrimió la pistola y le colocó el cañón justo en la nuez de Adán.

—Adivínalo, hijo.

—¡No tire! ¡Esos gatillos son muy sensibles!

—Nombre.

El clavo se humedeció los labios.

—Soy Teddy Casanas. Y mi compinche es Mike... ¿Dónde está Mike?

—Salió a tomar el aire por el hueco de la ventana. Y ahora te tocará a ti.

—Oiga, detective. Un momento de calma... No teníamos intención de matar a nadie.

—¿Ah, no?

—Sólo queríamos asustarlo un poco para que nos entregara el sobre con el dinero.

—¿Quién os pagó para este trabajo?

Teddy Casanas apartó el cuello del cañón del arma, tragando saliva aprensivamente.

—Lo malo es que no cobraremos.

—Explícate.

Teddy suspiró.

—Mike y yo somos muy conocidos. Hacemos trabajitos. Ya sabe... Nos confían encargos por teléfono. Lllaman al billar de Benson, recibimos instrucciones, llevamos a cabo nuestra misión y, después, nos llaman otra vez diciendo dónde podemos cobrar y entregar la mercancía. Como hemos fracasado, ni cobraremos, ni tan siquiera sabremos quién nos iba a pagar.

—Tengo una idea. Volveremos al billar de Benson y esperas la llamada. Dices que todo está listo y me pondré en contacto con vuestro pagador. Debo saber quién es.

Teddy rió con pesar.

—¿Acaso cree que el tipo que nos empleó, no habrá visto el desaguisado? Jamás llamará. Apuesto a que está entre el público que rodea el cuerpo de Mike... Eh, ¿no se habrá matado?

—Estas alturas no matan. Compruébalo.

—¿Cómo?

Johnny movió la pistola ante el rostro de Teddy.

—A saltar.

—¡Me voy a romper todos los huesos!

—Hay un toldo a la derecha. Apunta bien y cae sobre él.

—¿Por qué, infiernos? ¿Por qué debo hacerlo?

—Es una pequeña broma que nos hemos montado el teniente Wimbledon y yo. Él está abajo. Y agradece mucho estos números.

—No bajaré... No soy un superhombre... Wimbledon me odia...

Johnny hizo fuego, chamuscando la calvicie de Teddy.

Este corrió hacia la ventana y saltó.

Jennie y Johnny se volcaron hacia el alféizar para ver los resultados de la caída.

La gente aulló al ver el nuevo cuerpo, especialmente el teniente Wimbledon, quien no creía lo que estaba presenciando.

Jennie chascó la lengua.

—Demonios, ha errado el toldo por solo un par de pulgadas, jefe.

* * *

El bar de al lado se hallaba medio vacío porque la clientela se congregaba delante de la frutería donde dos tipos habían

aterrizado desde un primer piso.

Como anteriormente el llamado Junot, muy conocido en el barrio, también había sufrido la misma clase de accidente y el ayudante de Wimbledon estuvo a punto de irse abajo pataleando en el vacío, los vecinos miraban instintivamente la ventana de aquel primer piso como si esperaran que el espectáculo se fuera a repetir indefinidamente. Johnny pidió un whisky y el pelirrojo barman, que se llamaba Alf, acudió cloqueando la lengua.

—Aquí va uno doble, señor Morgan. Y además invita la casa.

—¿A qué viene tanta lisonja, bocazas?

Alf pestañeó, mientras acababa de servir el vaso.

—No puedo tener la boca cerrada señor Morgan. Usted es el hombre del día. Hoy el bar ha hecho el negocio gracias a usted. Han venido tipos de todas clases. Incluso la muñeca que le envié para el empleo. A propósito, no tendrá queja. Está de lo más rica...

—Probablemente. Pero eso de enviarme a Junot, a Teddy y Mike, al teniente y quizás a más gente... ¡Cierra el pico, Alf!

—Hasta periodistas, señor Morgan. Comprenda que el muerto Copland era muy conocido. Canastos, no se puede evitar el revuelo. Charles Copland, el del tomate... Oh, ahí está.

—¿Copland? —se revolvió Johnny, sobresaltado.

—No, hombre. La chica del cabello caoba que preguntó por usted porque quiere abrazarlo.

—¿Una chica con ganas de abrazos? ¿Dónde?

—¡Este es, señorita Martin! —exclamó Alf, mirando hacía el lavabo de señoras por donde acababa de aparecer una joven que se parecía a la Venus de Milo, pero con brazos y más cosas.

La señorita Martin emitió un gritito y se abalanzó sobre Johnny, al que atrapó con fuerzas.

El detective recordó los más prominentes abrazos que había recibido en su vida y no dudó que aquél era el más placentero de su historia.

Apretó con fuerza la cintura de avispa y se vio invadido por una serie de curvas de primera calidad.

Luego recibió un beso en la mejilla y cuando le iban a besar la otra, hizo trampa y cazó los labios a medio recorrido en un beso boca a boca.

La señorita Martin titubeó un segundo, pero colaboró.

Luego se retiró con evidente falta de aliento.

—También se lo merece —sonrió, un tanto aturdida.

—¿Me puedo apuntar otra vez? —dijo Johnny.

Ella rió, mostrando dientes como perlas.

—Se ve que es un caradura. Pero también simpático. Y un hombre

que me ha ayudado a ser una escritora conocida.

—¿Yo?

—Gracias a usted, el señor Copland recitó el título de mi última obra, cuando se estaba muriendo.

Johnny dio un respingo.

Ella exhibió un ejemplar cuya portada rezaba: *Yo no soy Tutankamen*, de Grace Martin.

Como Johnny no podía articular frase alguna, dejó que la muchacha agregara:

—Las últimas palabras que usted le sonsacó al señor Copland van a aparecer en los periódicos cuando hablen de su muerte. ¿Comprende? El público se interesará por el libro que recordó un personaje conocido en su última hora. Los periodistas me han dicho que sacarán partido a la noticia. Quieren ayudarme.

Johnny apuró el whisky de un trago.

Luego tomó a Grace por la barbilla y la besó suavemente en los labios.

—Me vas a dedicar la obra.

—Por supuesto. Johnny. ¿Pongo «A Johnny Morgan con todo mi amor»?

—Perfecto.

Grace escribió con su bolígrafo en la primera página y Johnny atrapó la novela.

Luego corrió hacia la salida.

—¡Johnny! —exclamó la bella.

Pero Johnny no se detuvo y envió un beso por el aire a aquella maravillosa Grace Martin.

Tenía mucha prisa por dedicarse a la lectura.

* * *

La mansión de los Copland estaba un tiro de piedra de Hollywood, pero suficientemente apartada del suburbio donde cientos de actores tenían su residencia.

Johnny Morgan maldijo el cambio de marchas del coche alquilado porque rascaba la tercera, pero era el tributo que había que pagar por rentar un automóvil en una casa de dudosa reputación.

Un cacharro deportivo, impresionante, pasó como un huracán y el que manejaba volvió la cabeza y gritó:

—¡Cambia esa cafetera!

—¡Y tú de mujer! —replicó Johnny, e hizo con la mano el símbolo de los cuernos.

En la puerta principal, Johnny comprobó que la verja estaba

cerrada, mientras acudía un portero muy corpulento.

—Lo siento —dijo éste—. Pero la sopa gratis la damos sólo los domingos. Todos los mendigos lo saben.

—Quiero ver a la señora Copland, señor androide.

—Y yo al presidente para quejarme de los impuestos, bastardo.

Johnny alargó la mano, la pasó entre los barrotes de la verja, lo atrapó de la pechera y tiró con fuerza.

El fulano se estrelló contra la reja, bizqueó y se vino abajo.

Luego Johnny descorrió el cerrojo y entró.

Después de un largo recorrido, halló a un tipo vestido de chófer que regaba un Cadillac con una manguera.

El sujeto soltó una exclamación e intentó golpear al desconocido con la pesada boquilla de la salida del líquido.

Johnny le conectó una derecha seca y corta que fue suficiente para derribarlo sin conocimiento.

Luego cerró la llave para no desperdiciar agua.

Entró en la casa por la puerta lateral que resultó ser la salida de las cocinas.

Una preciosa mexicana de ojos muy grandes le echó los brazos al cuello.

—¡Gracias, señor! —exclamó, apretando los senos contra el tórax de Johnny.

—¿Qué pasa aquí, pequeña?

—¡Usted ha tumbado a Gerardo que me tiene esclavizada en esta casa! ¡Quiere que sea su amante y la criada de los Copland!

—¿Y tú no lo deseas?

La muchacha sacudió su moreno rostro de un lado a otro.

—Quiero salir de aquí. No me gusta este lugar. No debo permanecer ni un momento en esta casa. ¡Todo es violencia!

—¿Violencia?

—El portero, Gerardo, los criados... Todos son una pandilla de malvados...

—Hablares más tarde. ¿Dónde está la señora?

—Arriba en sus habitaciones,

—De acuerdo. ¿Cómo te llamas?

—Leonor.

—Hoy saldrás de este lugar, Leonor.

—¡Me tienen prisionera, señor!

—Soy Johnny Morgan, detective privado, libertador de esclavos.

Luego Johnny penetró por un pasillo que daba a un salón de grandes dimensiones.

Halló al paso la biblioteca de Copland y echó un vistazo a las

obras que se alineaban.

Descubrió la colección de libros de ciencia ficción y observó un hueco. Extrajo el ejemplar anterior y en la última página se anunciaba una próxima obra titulada *Yo no soy Tutankamen*. Era evidente que alguien había sacado la novela de su sitio.

Trepó escaleras arriba y en el rellano apareció un criado en mangas de camisa.

El tipo extrajo una pistola de gas de las que se usan para alejar atacantes, dejándolos medio ciegos.

Johnny miró detrás del criado y alzó las cejas,

—Buenas tardes, señora Copland —saludó.

Pero era mentira. La dama no estaba allí aunque el criado se volvió a medias, cayendo en la trampa.

Johnny le aplicó una llave de judo y el tipo saltó por encima de la baranda y se estrelló en la planta baja, desmayado.

La pregunta que bailaba en el cerebro de Johnny era el porqué de tanta violencia, como había dicho Leonor.

No se explicaba aquel rechazo ante los desconocidos. Entrar en aquel lugar era algo más dificultoso que penetrar en una fortaleza medieval.

Después de varios tanteos, abrió una puerta que daba acceso a un gran dormitorio.

En el centro había una pareja.

Se estaban besando apasionadamente.

Ella era pelirroja, alta, de unos veintiocho años y muy bien formada.

Él se trataba de un fulano de elevada estatura, moreno y nariz achatada, tal vez por efecto del beso capaz de aplastar las facciones más correctas.

Tanto entusiasmo ponía la pareja en aquella caricia, que no se apercebieron de la visita. Ni tan siquiera respiraban.

—Buen provecho, señores —saludó Johnny.

La pareja dio un brinco y se volvió hacia él.

—¿Quién diablos? —empezó a mascullar el moreno chato.

—Me llamo Johnny Morgan.

La dama mostraba ahora un rostro bello, pero lleno de perplejidad.

—¡Usted...! ¡Usted es el detective privado!

—Premio, señora Copland.

—¿Cómo ha conseguido entrar?

—A base de cultura física.

—¿Puedo saber qué se propone, señor Morgan?

—Me propongo librarla de la sospecha de asesinato.

—¿Asesinato? —exclamó la bella pelirroja—, ¿De quién?

—De su difunto marido Charles Copland.

—¡Mi marido sufrió un ataque al corazón!

—Eso dicen todos. Incluso la policía. Pero es muy posible que después de la autopsia opinen lo contrario... Si son astutos. Y usted no ayudará mucho con su comportamiento a librarse de tal sospecha.

—¿Por qué?

—¿Le parece poco? Aún no está frío el cadáver de Charles, y usted anda en líos con este «señor». La policía sacaría conclusiones.

El moreno se arrancó y avanzó hacia Johnny.

—Este «señor» —dijo entre dientes— le va a partir la cabeza.

—Quieto. Nariz Rota —gruñó Johnny.

—¡Va a salir de aquí en ambulancia!

La señora Copland intervino:

—Por favor. Don. Él no sabe que eres karateka y podías lastimarlo...

—Así aprenderá —sonrió Don—. Ahora verás, Diana. Mira...

Su pierna derecha surcó el aire.

Zumbó junto al oído de Johnny.

Y éste le atrapó el pie en una fracción de segundo.

El amigo de Diana pataleó en el vacío y se precipitó contra el suelo.

—¡Maldición! —rugió al verse despatarrado.

Se puso en pie en un abrir y cerrar de ojos y lanzó un grito penetrante, tirando una izquierda de las que parten tablas en los gimnasios.

Pero Johnny tenía el día de cara y le conectó un mazazo en la quijada, ayudado por la buena suerte.

Don reculó como un obús e hizo explosión contra un armario lleno de antigüedades donde pareció quedar pegado, inmóvil y dormido.

Diana Copland se llevó una mano a la boca para contener un grito.

Johnny se lamió una despellejadura en el nudillo de la derecha.

—Empiece a hablar, señora Copland.

Diana se humedeció los resecos labios.

—¡No es lo que usted cree!

—Oh, no. Don sólo es el mecánico de la calefacción. Entró a revisar los radiadores, la vio a usted tan bella y se propasó. O sea, usted es inocente como una paloma.

—Don quiere casarse conmigo.

—Por eso decidieron liquidar a su marido. No está mal. Una mujer joven, hermosa, con un tipo bien plantado. Muerto Charles, usted y el tipo vivirían a costa de un negocio de tomate que vale diez millones de dólares.

—Está equivocado.

—¿Sí? ¿En qué punto?

Diana alzó altivamente la barbilla.

—Don no es mi amante. Queríamos casarnos cuando Charles me concediera el divorcio.

—Pero Charles no aceptó y ustedes le adjudicaron un veneno. Por favor, ¿qué clase de veneno fue, que no deja huellas?

—¡Está en un error, señor Morgan! —repitió Diana.

—Lo malo es que la policía también se equivoque y usted y Don vayan juntos de la mano a la cámara de gas.

—Por favor, señor Morgan. No me haga melodramas que ya estoy suficientemente triste.

—¿Por la muerte del señor Copland?

La pelirroja echó fuego por los ojos.

—Escuche, cabeza dura. Yo quería a mi marido.

—¿Cuándo?

—Por lo menos, cuando lo conocí. Era un hombre maravilloso, maduro, inteligente...

—Adinerado...

—Sí, también con dinero. Y eso acaba de hacer feliz a una mujer que tiene poco porvenir.

—¿Qué hacía usted antes de conocer al señor Copland?

—Era secretaria de una empresa de construcción.

—Y le tocó el premio mayor.

—Confieso que fui muy afortunada. Pero le repito que no sólo fue el dinero. Charles también contaba con su estupendo carácter.

—¿Qué le hizo cambiar?

Diana se tironeó una guedeja de su cabello.

—Su salud. Empezó a hacer cosas raras. Ya sabe. Ciertos trastornos mentales. Manías. Vivía una existencia llena de fabulaciones y fantasías. Quizá era el resultado de su lesión en el corazón. Sabía que podía morir y quería sacarle más rendimiento a la vida. Entonces comencé a apartarme instintivamente de él.

—¿Y conoció a Don?

—Son cosas que pasan, señor Morgan. Don representaba la vida, la juventud, la salud, la fuerza...

—Y pronto desplazó a Charles Copland. —Johnny respiró con fuerza, denotando pesar—. Usted no ayudó demasiado a un pobre

enfermo, señora.

—Una mujer acaba por cansarse de vivir junto a un hombre deshecho. Sus chifladuras eran lo peor. Era insoportable. La verdad, no podía vivir con él.

—Sin embargo la quería tanto que quiso protegerla hasta el fin. Me dio dos mil dólares para descubrir a sus asesinos y que usted quedara libre de toda sospecha.

Diana le dedicó una penetrante mirada.

—Si usted está seguro de que fue asesinado, estoy dispuesta a ofrecerle otros dos mil.

—Trato hecho.

De repente, Diana soltó un gemido y exclamó:

—¡Tiene usted razón, señor Morgan! ¡Me remuerde la conciencia! ¡Oh, me remuerde tanto...! ¡Y soy tan desgraciada...!

Se apoyó en el joven detective, quien la abrazó paternalmente y le dio unas palmaditas de consuelo en la espalda.

Como Diana lo envolvía con un perfume perturbador. Johnny también la palmeó con la otra mano, pero en la cadera que era un portento.

Y Johnny se explicó por qué la pelirroja había cazado a Copland, al llamado Don y a cualquier ermitaño que se hubiese puesto a tiro. Era una hembra excepcional.

La voz enronquecida de Don los sacó de su abstracción.

—¡Maldito detective aprovechado...! ¡Lo voy a matar!

—No nos despierte, hijo —replicó Johnny, los ojos cerrados.

—¡Hijo de perra! ¡Apártese de ella porque la bala es para usted!

Johnny dio un respingo, volviendo en sí.

—¿Bala?

Y vio al moreno de la nariz chata armado con una pistola.

El negro agujero del cañón resultó impresionante para Johnny Morgan.

Este se maldijo una y otra vez por haber descuidado a Don.

Ahora el error le iba a costar muy caro: un boquete en cualquier parte del cuerpo.

El dedo se curvó sobre el gatillo.

Johnny esbozó una amarga sonrisa.

Resultaba patético morir en su primer trabajo de detective sin resolver su caso de asesinato y, para postre, dejando a Diana con aquel imbécil...

El disparo interrumpió sus pensamientos.

Capítulo IV

DIANA soltó un chillido.

El proyectil destrozó la costura de la manga de Johnny porque éste hizo un quiebro con el cuerpo en el último momento.

Don gatilleó otra vez.

Y ahora el plomo rebotó en el pomo de la puerta de la habitación que acababa de abrirse, interfiriendo en su trayectoria.

En el vano de la puerta acababa de aparecer el mayordomo con la pistola de gas en la mano.

—¿Dónde está ese bastardo? —gritó.

Johnny se había refugiado detrás de un biombo.

Don enseñó los dientes en una siniestra sonrisa.

—Disparemos al mismo tiempo, Gilbert. Es un intruso y nadie nos pedirá cuentas por abatirlo.

—De acuerdo, señor Clarmay. Yo lo frené en seco con el gas y usted lo acribilla.

Johnny no esperó a más, dadas las circunstancias.

Arrastró consigo el biombo y embistió a la vidriera.

Se fue abajo, acompañado de muchos cristales.

Cayó frente a la salida de la cocina donde apareció Leonor con los ojos abiertos de par en par.

—¡Señor Morgan! ¡No me deje! ¡Ayúdeme a escapar!

Johnny la atrapó de la mano.

—¡Salgamos de aquí!

Don Clarmay disparó desde la ventana, pero la pareja corría ya por el otro lado de la edificación.

Sin dejar de mover las piernas, llegaron a la plataforma de lavado, aunque tuvieron suerte porque el chófer todavía continuaba desmayado, la manguera entre las manos.

Pero la fortuna les abandonó al llegar a la salida, pues el portero brotó de su garita, esgrimiendo un revólver calibre 38.

La mexicana Leonor portaba una pequeña valija de artículos personales que Johnny le arrebató y proyectó hacia el rostro del grandullón.

Este perdió el control y Johnny lo abatió de un certero izquierdazo en la quijada.

—¡Regresa a la jaula, mono! —gritó Johnny, al arrancarle el revólver de la mano.

El portero desgranaba terribles maldiciones, aunque optó por volver a su cubil y ya no se movió de allí. Quedó agazapado como un simio, quieto y deprimido.

Los dos jóvenes volaron hacia la libertad.

Saltaron al viejo coche alquilado.

Johnny arrancó en segunda y los neumáticos chirriaron.

Condujo durante un buen rato en silencio.

—De modo que te tenían como prisionera.

—Era una prisionera del chófer, del ama de llaves, del mono de la puerta.

—¿Por qué?

Leonor suspiró hondamente.

—Se va a sorprender, Morgan. Pero estoy ilegalmente en el país. Lo mismo que otras muchachas.

—Demonios.

—Una agencia de empleos de México nos hizo cruzar clandestinamente la frontera. Se nos prometían grandes cosas. Pero nos remitieron a los sitios más sucios que pueda sospechar. Yo tuve mejor suerte y esa gentuza que vive en casa de los Copland me retuvo contra mi voluntad. Gerardo, el chófer, se me adjudicó de inmediato. Quería que fuera suya por encima de todo. Luego el mono de la puerta. Una no es fea, ¿verdad?

Johnny le palmeó un muslo con la mano libre.

—Tienes buen equipo. Leo.

—Usted ha sido muy bueno conmigo por sacarme de allí.

—Y trataré de que no te enganchen los de Inmigración.

—Gracias, Johnny —dijo susurrante la mexicana.

Lo besó en el lóbulo de la oreja y Johnny derrapó en una curva a punto de salirse.

Habría sido mejor, dado lo que les esperaba.

Un negro automóvil los adelantó por la derecha y Johnny tuvo que apretar el freno a fondo.

Aullaron los neumáticos y a pesar de la frenada, el paragolpes del vehículo alquilado embistió la aleta posterior del negro.

—¿Están locos? —gritó Johnny.

La respuesta fue el fogonazo de un disparo, cuyo plomo pasó aullando justo entre las cabezas de Johnny y Leonor.

Johnny apretó los maxilares y estuvo a punto de extraer el revólver que le había arrebatado al mono de la puerta.

Sin embargo, se abstuvo cuando se acercaron tres tipos armados

hasta los dientes y el más alto masculló al de su lado:

—Aquí no, Elmer, Lo haremos en otro sitio más adecuado.

Elmer gruñó y apoyó el arma en la cabeza del detective.

Lo hizo mientras saltaba al asiento de atrás.

—Ya lo oyó, Morgan. Le volaremos los sesos en un lugar menos público.

—Escuchen —protestó Johnny—, ¿qué está pasando aquí?

—Ponga el motor en marcha y haga lo que se le dice —gruñó otra vez el llamado Elmer—, O se le acortará la vida.

—¡Tengo miedo, Johnny! —gimió Leonor.

—¿De qué, preciosa? ¿No ves que son buena gente? Mira sus rostros angelicales...

—Cierre el pico y arranque —le golpeó secamente Elmer con el arma justo detrás de la oreja.

Johnny rechinó los dientes, dolorido, y encendió el motor.

El vehículo se deslizó, rascando marchas, ahora con cinco ocupantes.

Elmer seguía dando instrucciones acerca del camino a seguir.

Pronto Johnny entró en la Avenida Franklin y poco después enfiló hacia el Valle.

Introdujo el coche por una calle ancha llena de edificios en demolición y el arma de Elmer se apoyó en su nuca.

—Métase en la segunda a la derecha —dijo Elmer.

Johnny obedeció y, siguiendo las indicaciones del pistolero, irrumpió en un complejo de derribos donde los bulldozers y tractores permanecían inmóviles porque los obreros habían interrumpido la tarea para irse a almorzar.

—Aquí —dijo Elmer—. Detenga esta cafetera, Morgan.

Siempre bajo la amenaza de las armas, Johnny y Leonor precedieron al grupo que penetró en un caserón agrietado por las máquinas demoledoras.

Luego bajaron a un sótano amplio, aunque atestado de escombros y desperdicios.

Johnny percibió el temblor de la mano de la mexicana y apretó con fuerza sus dedos para infundirle valor.

Elmer alzó las cejas sonriente, los ojos muy brillantes mientras contemplaba a la muchacha.

—Eh, Mosch, tengo una idea —dijo.

Mosch, un sujeto de grandes mandíbulas, alargó la zarpa derecha y arrancó la blusa de la mexicana.

—¿Era ésta tu idea, Elmer? A que era ésta, ¿eh?

Elmer reía de buena gana con el otro tipo delgado como un

alambre que luego resultó llamarse Tomby.

—Eres clarividente, Mosch. La chica es un bombón. ¿Verdad, Tomby?

—¡No se atrevan a tocarme! —gritó Leonor.

Tomby enganchó con un dedo el sujetador de la joven y lo hizo volar por el sótano.

Leonor emitió un chillido al verse con los senos al aire y se llevó las manos cruzadas al busto para cubrirse.

—¡Sucios... hijos de perra! —chilló.

Los tres tipos rieron a coro.

Johnny adelantó un paso.

Pero Elmer le descargó el cañón del arma sobre la oreja izquierda y el joven trastabilló, tropezó y cayó sentado.

—Para que aprenda, detective —dijo Elmer—. Ahora, si quiere gozar de un buen espectáculo, quédese quietecito y alegre la vista antes de morir. Hay quién paga en salas especiales por ver lo que va usted a contemplar.

Johnny se masajeaba el chichón que le dolía como mil diablos.

—Un momento, amigos. Tengo dos mil dólares encima. ¿Por qué no nos dejan en paz y se largan con el dinero?

—¿Dijo dos mil machacantes? —exclamó Tomby, que estaba más cerca.

—Aquí los tienen —dijo Johnny, al tiempo que extraía el sobre que le dio Copland—, Supongo que es más de lo que van a cobrar por llevar a cabo este trabajo. Con esta pasta, pueden divertirse de lo lindo.

—Nos quedaremos con su pasta y haremos el trabajo además —sentenció Tomby—, No podemos decepcionar al tipo que nos paga.

—¿Quién es?

—Un fulano muy importante, detective.

—Su nombre.

—¿Acaso lo sabemos nosotros, detective? Además, ¿qué le importa a usted si después del espectáculo va a morir en este confortable sótano?

—Siempre es interesante saber quién paga a nuestros verdugos, Tomby.

—Pues se quedará con las ganas, detective. No lo sabemos. Recibimos el encargo por teléfono.

—Vaya, hombre. Otra vez el tipo del teléfono.

—Lo siento, detective.

—¿Qué van a hacer con Leonor?

—Un numerito de tres hombres con una mujer que le hará

chuparse los dedos. Después de que se haya divertido con el show porno, usted recibirá un plomo en la sesera y ella también.

—¡Primero! —gritó de repente Elmer, riendo.

Y se abalanzó sobre la muchacha.

La despojó del resto de los vestidos con un par de hábiles manotazos.

Leonor gritaba a más y mejor, pero en aquel sótano los sonidos quedaban ahogados para el mundo exterior.

Cuando Elmer la derrumbó sobre un lecho de periódicos viejos, Johnny se dijo que había llegado el momento de cortar por lo sano.

Tal como estaba en el suelo, atrapó medio ladrillo y lo proyectó con fuerza.

Elmer recibió el impacto justo en el cuello.

Y fue suficiente que se apartara un poco de la mujer, mientras soltaba espantosos juramentos.

Extrajo su pistola y rugió:

—¡Se quedó sin espectáculo, detective bastardo!

Johnny calculó que la empresa no iba a ser nada fácil.

Tenía que empuñar el revólver del portero de los Copland y mandar una bala a Elmer para detenerlo, a riesgo de darle a Leonor.

Además, Tomby sacaba su arma, mientras el de las grandes mandíbulas, llamado Mosch, introducía la diestra bajo el sobaco, en busca de la artillería.

Pero Johnny debía jugar su última carta y se retorció en el suelo, al tiempo que tiraba de la culata del treinta y ocho.

Elmer hizo fuego.

Luego Tomby.

Y finalmente le tocó el turno al Johnny Morgan.

Los plomos de los asesinos levantaron pequeños chorros de polvo a pocas pulgadas de su cuerpo.

Sin embargo, el revólver de Johnny fue el más devastador.

Elmer se quedó tuerto y dio una voltereta en el aire, resultando muerto antes de tocar el suelo.

Tomby perdió su vida, asombrado, porque nunca sospechaba que el detective portara armas.

Disparó alocadamente a los cuatro vientos y se desplomó, propulsado por el mismo chorro de sangre que salía de su garganta.

El caso de Mosch fue el más triste porque vivía orgulloso de su mandíbula prominente y una de las balas de Johnny se la partió en dos.

Para postre, el último proyectil mandado por Johnny lo enganchó por el esternón donde abrió un boquete impresionante.

—¿De dónde sacó el revólver, infiernos? —aulló entre perplejo y moribundo el bueno de Mosch.

Pero su mandíbula rota deformaba sus palabras y Johnny no pudo entenderlo, aunque éste no quiso que se fuera al otro mundo sin respuestas.

—Bien chicos. Están perdonados. No hay nada personal en todo esto... Adiós, Mosch.

El tipo se venció atrás y levantó en su caída una espesa nube de polvo.

Leonor gritaba como enloquecida, el rostro entre las manos, boca abajo, sin enterarse de lo que había ocurrido.

Johnny arrojó el revólver vacío a un pozo tenebroso de su derecha y acudió hacia ella.

—Calma, muchacha. Ya pasó todo. Tranquila.

Ella alzó las cejas al ver vivo a Johnny. Exclamó, alborozada:

—¡Cielo Santo! ¡Estás perfectamente, cariño! ¡Estás bien...!

—No lo creas. Me encuentro infernal. Mi estómago...

—¿Cómo?

—Nunca puedo ver cadáveres destrozados después de un almuerzo de riñones con salsa Tijuana...

Y Johnny corrió hacia un rincón para vomitar.

Leonor se apercibió de la escena y se revolvió para otro sector del sótano, acometida por las arcadas.

También vació su lindo estómago, pausadamente.

* * *

El encargado de los despachos avanzó aprisa por el corredor y señaló una puerta.

—Ahí tiene su nuevo despacho, señor Morgan.

—¿Otro despacho Hugh? —exclamó Johnny, al ver un recinto de mejor aspecto, situado frente al antiguo.

—He traspasado sus cosas al nuevo agujero porque van a trabajar los albañiles. Estará más cómodo y todo por el mismo precio.

—¿Qué lío es éste, Hugh? ¿A qué viene el traslado?

—El teniente Wimbledon nos ha denunciado al Departamento de Vivienda y Seguridad. Dijo que la ventana del otro podía causar accidentes. De modo que vamos a colocar una baranda alta.

—Ya. ¿Dónde está Jennie?

—Su secretaria no sabe nada del cambio. Pero se entusiasmará cuando vea las comodidades. Incluso hay una cama... ujú.

—No seas mal pensado. Hugh —amonestó Johnny—, Es una buena chica. Y yo un santo. —Pero ella puede darle masajes en el

cuello cuando usted esté agotado, como se hace con el jefe... ajá.

—Cierra el pico, Hugh.

—De acuerdo, señor Morgan. Voy al otro despacho a acabar de trasladar los trastos. Mire que nacer para trabajar...

Johnny quedó solo y gruñó satisfecho por el nuevo local.

Era más amplio y poseía dos receptáculos interiores aunque grandes. Uno era un cuarto para dormir y otro era un lavabo con ducha.

Lo que más le gustó a Johnny fue el sillón del escritorio pues era cómodo, mullido y con orejeras.

Se repantigó y, al ver en la mesa el ejemplar de la novela de ciencia ficción escrita por Grace Martin, atrapó el tomo y se puso a leer lo que le quedaba de la historia.

Se trataba de un condenado folletín sin pies ni cabeza, pero escrito en un estilo directo, moderno y ameno. La autora había aprovechado cualquier resquicio en el relato para insertar escenas eróticas que redondeaban la obra.

El asunto giraba en torno a una organización diabólica que operaba en el desierto de Libia en tiempos remotos. El jefe planeaba que un viejo actor capaz de modular toda clase de voces y adoptar diversos disfraces, fuera caracterizado como el doble de Tutankamen. ¿Propósitos? Intentaban, nada más ni nada menos, llegar al palacio egipcio y cambiar al verdadero faraón por el falso actor. Este actor ocuparía el lugar de Tutankamen y podría dirigir los destinos de Egipto hacia el lugar más adecuado para los enemigos. Pero el cambiazó, que debe ser efectuado en una gran mansión fuera de la capital, es desbaratado por otros enemigos de Tutankamen. Rayos misteriosos, bombas y hasta gases asfixiantes se intercambian en los dos bandos. El actor es acorralado hasta una sala y allí va a ser ejecutado por los nuevos enemigos, más diabólicos y más sofisticados que la banda que lo preparó para la sustitución. Cuando va a ser asesinado, el tipo chilla una y otra vez: «¡Yo no soy Tutankamen!» Pero no le vale de nada y queda abrasado en el suelo por un extraño rayo de luz que le disparan.

Johnny acabó la lectura y se preguntó qué diablos tenía que ver todo aquello con Copland.

En aquel justo instante, la puerta del despacho se abrió dando paso a la bella escritora Grace Martin.

—¡Johnny! —exclamó—. ¡Tienes que desaparecer inmediatamente!

—Diablos, ¿por qué?

La joven de los cabellos color caoba se humedeció los labios.

—Tres tipos, uno de ellos llamado Mosch, te estaban buscando en

el bar para hacerte un traje de madera. O sea un ataúd.

Johnny respiró aliviado.

—Debiste empezar por ahí. Bueno, esos chicos tuvieron un serio accidente.

—¿De veras?

—A estas horas deben estar bajo miles y miles de toneladas de escombros. Tuve que hacerlo en defensa propia. Y lo conseguí.

Los ojos de Grace brillaron con fuerza.

—¡Pareces un personaje de mis novelas!

—A propósito, ¿de dónde sacaste la historia de Tutankamen?

Grace se pellizcó la linda barbilla.

—Fue curioso. Un individuo llamó por teléfono a mi despacho y me comunicó que tenía un argumento interesante. Algunas veces ocurren cosas así. Tienes admiradores y sugieren que escribas tal o cual cosa.

—¡Copland! —exclamó Johnny.

—¿Qué pasa con el difunto?

—Apuesto a que fue él quien tuvo la ocurrencia de llamarte para que pusieras por escrito algo que había en su mente.

—¿Estás seguro?

—Tengo otra idea —murmuró Johnny—, Resulta más lógico que Copland leyera la historia y diera la casualidad de que el contenido se pareciera al problema que lo atormentaba. Como no tenía tiempo para denunciar lo que pasaba, se acordó en el último instante de tu novela y por ello me recitó el título antes de morir. Sí, infiernos, así debió ocurrir. El tipo leía esta clase de aventuras y algo en la tuya coincidía con su caso, por lo menos en los puntos principales.

Grace abrió la boca, pero la volvió a cerrar porque los ojos entrecerrados del detective indicaban que su cerebro hervía intensamente.

Para comprobar el grado de aislamiento que inundaba a Johnny, Grace se sentó sobre sus rodillas y lo besó un par de veces en los labios. Le gustaba experimentar las respuestas eróticas de los hombres.

No vio reacciones y lo palmeó en el rostro.

—Vuelve en sí, querido —susurró ella.

Y justo entonces ocurrió la explosión.

Un trueno ensordecedor conmovió el edificio hasta el sótano.

La puerta del despacho se abrió con violencia.

Entró una onda expansiva que empujó a la pareja sentada en el mullido sillón.

Como éste era de ruedas, ambos viajaron a velocidad meteórica a lo largo del despacho, uno sobre el otro.

El improvisado vehículo entró en el cuarto de dormir y Johnny y Grace saltaron al tropezar con el borde de la cama donde quedaron revueltos.

—Infiernos —exclamó Johnny—, ¿es así como te insinúas?

—¡Ha sido una bomba! —gritó Grace, aterrada.

Capítulo V

EL público se arremolinaba en torno al destrozado cadáver del hombre que había salido escupido por la famosa ventana después de la tremenda explosión.

La gente del barrio la llamaba ahora «la ventana del terror», y con razón, porque este último cuerpo se veía irreconocible, medio desnudo y ensangrentado.

A su lado, Jennie Adams, la secretaria de Johnny Morgan lloraba agazapada y alzó el rostro hacia el teniente Wimbledon.

—¡Algo me decía que iban a matarlo! ¡Oh, jefe! ¡Pobre jefe! ¡Pobre Johnny Morgan!

El teniente estaba de un humor de perros,

—Este novato se estaba buscando complicaciones. Y eso que, en el fondo, el detective principiante me caía bien. Parecía un tipo listo.

—Fue un gran hombre —murmuró dramáticamente Jennie, horrorizada por los restos sangrantes.

El ayudante del teniente, el rubio Murphy, sonrió mostrando sus dientes nacarados. Apartó de su boca un transmisor de ciento diez megaciclos con el que daba instrucciones a los bomberos.

—A mí me caía gordo, jefe. La verdad por encima de todo.

—Porque te puso la cara verde —replicó Wimbledon.

—Era un bastardo vividor.

—El Señor lo haya acogido en su seno.

—Amén —dijo la voz de Johnny Morgan por detrás del trío.

—¡Morgan! —gritaron varias gargantas.

Johnny se adelantó, echó un vistazo a los restos mortales del encargado de los despachos y dijo:

—El muerto es Hugh. El portero. No soy yo.

—¿Se refiere al encargado de los apartamentos? —exclamó el teniente.

—La bomba era para mí, pero este desgraciado pagó el pato cuando entró en mi antiguo despacho a cambiar el mobiliario de recinto.

—¡Jefe! —exclamó Jennie, de repente—. ¡Oh, jefe...!

Y se lanzó impulsivamente a sus brazos.

Johnny la besó en el cabello, en la oreja y luego en los labios, suavemente.

—Soy duro de pelar, muñeca.

—¡Ha sido horrible!

—Todo ha pasado, Jennie.

Ella lo miraba al rostro, mientras reía y lloraba al mismo tiempo.

—¡De modo que nos habían cambiado de despacho y yo sin saberlo!

—Y el pobre Hugh recibió el zambombazo.

—Ha sido un milagro, jefe. Un milagro...

Johnny frunció el entrecejo.

—Yo diría un error.

—¿Error?

—El de los asesinos. Esperaban que yo estuviera allí dentro, pero el pobre Hugh hizo un traslado por su cuenta y el resultado cambió. La dinamita para mí la recibió él. Fue un buen tipo, este Hugh.

Jennie se apretó con fuerza contra el tórax de su jefe.

Cerró los ojos y añadió:

—Habría sido terrible. Ahora que tenemos un montón de encargos gracias al anuncio que inserté en la prensa. Hay damas que quieren vigilar a sus maridos por un buen detective. Y maridos que desean espiar a sus señoras. Tenemos un gran porvenir. ¡El trabajo nos viene a toneladas!

Wimbledon intervino malhumorado:

—Como sigan así, pronto recibirán las toneladas sobre sus cuerpos. Pero serán toneladas de tierra. ¿No ve que hay gente que quiere su piel, Morgan?

—¿Y usted cómo me protege? —se engalló Johnny—, Pago mis impuestos. Debo tener la correspondiente protección de la policía.

—¿Por qué no se va al infierno, Morgan? —gimió el teniente—. ¡Hágame ese condenado favor!

Luego se apartó para alejar al público y pasar instrucciones a su rubio ayudante Murphy que todavía conservaba vestigios de color verde en su rostro.

Johnny atrapó por la barbilla a su secretaria y la besó con delicadeza en los labios.

—Vuelve al despacho, esclava. Atiende al teléfono y lo colocas todo en orden. Ahora tenemos el 4-A. El pobre Hugh ya trasladó nuestro equipo desde el antiguo 4-B.

—Lo nuestro, no. —Jennie lo miró con los ojos entrecerrados y prometedores—. Lo «nuestro» lo manejaremos nosotros dos solitos, jefe. ¿No opina usted lo mismo?

Johnny, por toda respuesta, la palmeó en aquella cadera que ganó un tercer premio, y la chica se alejó hacia el edificio, dando saltos.

En eso, los ojos de Johnny descubrieron el Cadillac de los Copland estacionado frente al bar de Alf.

Diana Copland descendía del vehículo y, luego, entraba en el local.

Johnny avivó las piernas y cruzó la calle.

El barman Alf lanzó una exclamación.

—Eh, detective, ¿qué método usa con las damas? Esa portentosa pelirroja acaba de preguntarme por usted y le espera en los reservados. Le doy un dólar por el secreto de sus conquistas.

—Y yo te ofrezco dos para que cierres tu boca de una maldita vez, Alf. O te sacudiré un puñetazo.

—Ya veo. Hay que empezar siendo duro. ¡Ese es el truco!

Johnny pegó un manotazo al aire y enfiló hacia la zona de los reservados.

La señora Copland le echó los brazos al cuello apenas se hallaron solos.

—¡Johnny, necesitaba verte...!

El la acogió como la última vez que sus cuerpos entraron en contacto. La palmeó con suavidad en la curva derecha que era una maravilla, mientras con la otra mano la sujetaba por la cintura muy estrecha.

—Hable, señora Copland —susurró Johnny, embelesado porque aquella dama poseía una anatomía increíble.

—No me llames «señora Copland». Llámeme Diana.

—Diana.

—Estoy muy asustada. Johnny.

—¿Por qué?

—Lo he descubierto demasiado tarde. Pero el moreno Don Clarmay perseguía sólo mi dinero.

—¿Te refieres al tipo que estaba contigo en la habitación?

—Sí, Johnny. El, mi chófer, el portero con cara de mono y las criadas formaban todos parte de una banda.

—¿Qué estás diciendo?

—Don los contrató a todos cuando me obligó a despedir a mis antiguos sirvientes.

—La verdad es que el tipo tiene cara de bastardo.

—Después de salir tú de la casa, tuve una violenta escena con él y rompimos nuestras relaciones.

—Bien hecho, Diana. Por eso no vas a quedarte soltera.

—Pero me ha amenazado con denunciarme a la policía.

—¿Por qué?

—Debiste ver cómo se reía el muy cerdo.

—No, porque, le hubiera pegado un mazazo en la boca...

—Me amenazaba con contarle a la policía que yo era la que manejaba las cápsulas que le administraba a mí marido.

—¿Qué cápsulas, infiernos? —saltó Johnny:

Diana se humedeció los carnosos labios.

—Yo le preparaba a Charles sus cápsulas todas las noches y todas las mañanas, según las instrucciones del doctor Charlie Darrow. Yo controlaba su medicación. Pues bien, Don me acusó de multiplicar la dosis por diez cuando administré a Charles, mi marido, las cápsulas de la mañana.

—Explícate.

—La medicina era un ansiolítico incompatible con el alcohol. Si el contenido de cada cápsula era aumentado exageradamente, Charles podía morir si bebía demasiado whisky.

—Infiernos, ya está claro. Copland murió apenas ingerir un trago conmigo en el bar. Y es posible que hubiese bebido más.

—¡Yo no manipulé la medicación, Johnny!

—¿Estás segura?

Diana, por toda respuesta, aplicó sus turgentes labios en los del joven detective.

Este se vio transportado al séptimo cielo porque la morbidez de aquella boca nunca tuvo precedentes.

—¿No me crees? —susurró la señora Copland.

—Besa y calla, que estoy pensando.

Unieron otra vez sus labios.

Pasó un millón de años.

Luego Johnny frunció el entrecejo, al tiempo que se apartaba para recuperar el perdido aliento.

—Que me cuelguen, pero acabas de convencerme. Tú no lo hiciste. No lo mataste. Pero así murió Charles Copland. Envenenado.

—Sí, Johnny. Así murió y estoy segura. Y Don y su pandilla parece que lo sospechan. Por eso, quieren chantajearme.

—¿Cuánto piden?

—Cien mil dólares.

—A ese bastardo le voy a saltar los dientes.

—Eres maravilloso, Johnny —Diana lo mordisqueó en la barbilla porque sabía que aquello era muy excitante para un hombre—. Tienes que ayudarme, Johnny. Ayúdame.

—Déjalo de mi cuenta.

—Lo dejo... todo... en tus manos, cielo.

Johnny la abarcó con fuerza entre sus brazos.

Se dijo que si lo dejaba todo en sus manos no sabría qué hacer

con tanto. Además de lo que tenía Diana respecto a anatomía, también poseía millones de dólares en propiedades. Prácticamente. Johnny estaba en aquellos momentos abrazado a diez millones de machacantes. O tal vez más.

—¿Qué ha pasado con Leonor, la mexicana? —inquirió Diana, de pronto.

—La tengo escondida en una pensión de cuarta categoría. Don, el moreno, la adquirió en un lote de mexicanas que atravesaron clandestinamente la frontera. Es la única de los sirvientes que es trigo limpio.

—La ayudaremos, Johnny.

—Y tú me ayudarás a mí.

—¿Cómo, querido?

—Quiero conocer todas las relaciones de Charles Copland.

Necesito saber quién diablos quería su piel y quiero saber por qué.

Diana abanicó sus largas pestañas ante los ojos del detective. Sonrió, prestando a su rostro de óvalo perfecto una pulgada de seducción y otra de ingenio.

—Hay un medio de abarcar de una sola vez a todas las relaciones personales y comerciales de Charles Copland.

—Infiernos, ¿cómo?

—No vas a tener que andar a brincos, buscando a los que estaban vinculados con él, porque este fin de semana todos van a estar juntos.

—¿Todos juntos? ¿Te refieres a los más allegados a Charles, incluidos los de su negocio de jugo de tomates?

—Y también a los de la Fundación Mac Only, de la que Charles formaba parte de su consejo de administración:

—¿Fundación Mac Only? —exclamó Johnny—, ¿Quieres decir esa institución dedicada a la investigación y fabricación de microcomputadores tan conocida?

—Ya veo que te resulta familiar.

—Más que el León de la Metro.

Diana se humedeció los labios.

—Oscar Mac Only es el jefe supremo y único de la fundación. Un sujeto misterioso, solitario, que habita en un castillo de las afueras de Los Angeles. Es la cabeza de la institución. Charles y tres hombres más forman parte del consejo de administración que trabaja con Mac Only.

—Debo conocerlos a todos inmediatamente.

—Una vez al mes hacen un crucero a bordo del enorme *Queen Helen*. Un barco con grandes instalaciones, piscina, sala de baile y demás comodidades. Es muy grande al mismo tiempo se organizan fiestas de fin de semana. Y todos los que están relacionados con la

fundación, además de gente de negocios, acuden al crucero. No faltamos los amigos, familiares y la crema de la sociedad.

—Será interesante echar un vistazo al *Queen Helen*.

Diana respiró profundamente, poniendo de relieve su busto encantador.

—Te remitiré los pasajes que necesitas. También para la mexicana Leonor, que estará más segura en el *Queen Helen*.

—Bien pensado. Y un pasaje para mi secretaria. Anótalo.

Diana se echó atrás llena de aprensiones.

—¿Tienes una secretaria? ¿Bonita?

—Es fea, con anteojos, dientes de conejo y trasero muy bajo, sostenido por patas cortas...

—Tonto —susurró Diana, y lo besó con ternura.

Johnny Morgan pensó que efectivamente era un tonto porque mientras abrazaba y besaba a la pelirroja Diana, la más rica que había conocido, en su cabeza bailoteaba la imagen de una chica pobre, estudiante de leyes y empleada por setenta pavos a la semana.

O sea, la morena Jennie Adams.

* * *

Jennie Adams emergió del fondo de la piscina ubicada en la popa del *Queen Helen*, abriendo la linda boca para recuperar el aliento.

—¿Molesto, jefe? —dijo, malhumorada.

Johnny Morgan sostenía en sus manos a la preciosa mexicana llamada Leonor que chapoteaba en el agua porque no sabía nadar.

—Estoy dando una clase de natación. Jennie.

—¿Sólo de natación, jefe?

—No lo dudes. Hay que enseñar al que no sabe.

En los ojos de Jennie hubo un relámpago de furia.

—Apuesto a que ésa nada mejor que Doris Covert, la campeona de Los Angeles. Y usted lo sabe también. Pero le interesa mantener las manos ocupadas.

Johnny se revolvió a medias, abandonando a la mexicana sobre el agua.

—Eres muy malpensada. Jennie.

—Váyase al infierno, señor Morgan.

Leonor gritó de pronto, alborozada:

—¡Estoy flotando, Johnny! ¡Me mantengo y puedo nadar!

—Chica lista —dijo Johnny, y la palmeó en la parte más carnosa para hacerla avanzar hacia la orilla.

—Demasiado lista —agregó Jennie con mucha intención—. Si ya

terminó la clase de natación, puedo pasarle las informaciones que me ordenó buscar, señor Morgan.

—¿Las que se refieren a los tres consejeros de la fundación Mac Only?

—Incluyendo la vida y milagros del gran jefe de la fundación. El señor Oscar Mac Only. Todo lo tiene ahí.

—Eres un tesoro.

—Y usted un caradura.

Johnny mascullo una imprecación.

—¿A qué viene tanto malhumor, muchacha?

Los ojos de Jennie despedían fuego.

—Desde que llegamos a este crucero, usted sólo ha alternado con Leonor, con la señora Copland y con la escritora de *Yo no soy Tutankamen*.

—Forman parte de mi investigación.

—¿Y yo de qué formo parte?

—Eres el elemento principal. La mejor pieza.

—No me venga con alabanzas.

Johnny alargó sus manos y la rodeó por la cintura.

—La mejor pieza —repitió—. Infiernos, la mejor.

Jennie estaba demasiado enfurecida con su jefe a causa de las estrechas relaciones con otras hermosas damas y se desprendió de él con brusquedad, al tiempo que nadaba hacia la orilla.

—He puesto en su camarote el resultado de mi investigación.

—Buena secretaria.

—Lárguese al infierno, manos largas.

Y la hermosa morena corrió hacia las duchas, lo cual aprovechó Johnny para sacar con la mirada un plano posterior de su maravillosa secretaria.

—¿Recreando la vista, Johnny? —oyó a su lado la voz de la señora Copland, con mucha ironía.

—Valorando las aptitudes de mis empleados —replicó distraídamente. Y se volvió dando un respingo—: ¡Diana!

La hermosa pelirroja cubría algo de su escultural cuerpo con un «tanga» oscuro. Pestañeó.

—¿Ocurre algo?

—Demonios, se supone que eres una viuda desconsolada, pero vistes muy alegre.

—Mi bikini es negro. Voy de luto.

—Abandona los chistes, Diana. Debes estar triste.

—Eh, Charles está muerto. Y enterrado. Lo hicimos en el cementerio que él deseaba, según su testamento. ¿Qué puedo hacer

más por él? Hasta he ofrecido dos mil dólares más a su detective, a ti, para descubrir si en su muerte hubo algo sospechoso.

—Olvídalo —sacudió Johnny la mano—. A propósito. La víspera de su muerte. Charles no durmió en casa ¿Acierto?

—¿Cómo lo sabes?

—Por intuición. Si tú no le diste su medicación, alguien le proporcionó una dosis muy elevada cuando despertó por la mañana. Luego eso tuvo que ocurrir en otra parte, no en vuestra casa.

—De cuando en cuando, se retiraba a un apartamento que tenemos en la playa de Malibú. Ya te dije que era un hombre raro, que deseaba estar solo. Aquella víspera se la pasó en Malibú.

—Tal vez lo acompañaba alguna mujer.

—¿A Charles? —rió Diana—. No era de éstos.

—Lo comprobaré. Mi secretaria lo hará porque investiga muy bien. Investigaremos.

—Usted no va a investigar nada, Morgan —resonó de pronto la desagradable voz del teniente Wimbledon junto a ellos.

Johnny dio la vuelta.

—Eh, teniente, ¿no sabe respetar las conversaciones privadas?

Wimbledon iba con el torso descubierto, aunque portaba unas bermudas, que le caían fatalmente, cubriendo sus rodillas.

Advirtió la proximidad de los cuerpos del detective y la señora Copland.

—Morgan —carraspeó—, ya le dije que no removiera en el asunto. ¿Y qué es lo que me encuentro?

—Dígalo usted, teniente.

—Lo hallo en el *Queen Helen* haciendo investigaciones. Usted no va a investigar nada. Usted....

—¿Qué hubo de la autopsia de Copland?

Wimbledon arrugó la boca por ser interrumpido.

—Hallamos un índice muy alto en drogas que tomaba como medicamentos. Pero no hay nada sospechoso en su muerte.

—Insisto en que se lo cargaron, teniente.

—Y yo en que se vaya al demonio, Morgan. Por todos los santos, no meta las narices más en el caso. Han intentado darle un par de sustos por hacerlo. ¿No estoy en lo cierto?

—Lo que prueba que hay gato encerrado.

—No, Morgan. Si el grandullón Junot quiso sacarle la pasta que le dio el señor Copland a usted, es porque fue testigo del pago en el bar y vio la ocasión de apoderarse del dinero contando el cuento de que era un guardaespaldas del señor Copland. Ya le hemos apretado los tornillos en la Jefatura y ha cantado de plano. Sólo quería ganar dinero infundiéndole a usted un poco de miedo. Pero usted le dio la

medicina. Así que punto final.

—¿Y Teddy y Mike, los dos tipos que quisieron asaltarme?

—Nunca acabaremos de saberlo, Morgan. Es posible que el que les encargó el trabajo por teléfono sea alguien que no quiere verse molestado por usted. Sospechamos que se trata de alguna amiguita particular de Charles Copland. Ella quiere seguir en el anónimo y por eso contrató telefónicamente a Teddy y a Mike que suelen hacer esos trabajos. Para quitarle el dinero y las ganas de investigar.

Johnny comprobó que Diana se había marchado y dijo:

—Me lo olía. Siempre hay una mujer.

—Deje de husmear y dedíquese a las investigaciones prematrimoniales, que son cosas de detective privado.

—Antes quiero saber algo, teniente.

—¿El qué, preguntón?

—Usted me habló de un actor que andaba con Charles Copland. ¿Dónde está el tipo?

El teniente dio un respingo.

—¿Cómo sabe que lo estoy buscando?

—Pura intuición. Y apuesto a que no lo ha hallado en ninguna parte.

—Se lo ha tragado la tierra. ¿Sabe usted algo, Morgan?

—No, teniente. ¿Cómo me dijo que se llama?

—No se lo he dicho, tipo listo. Pero su nombre es Dick Laramie. Y si tiene alguna noticia de él le ordeno que me lo comunique.

—A la orden, mi teniente.

Y, dicho esto, Johnny se apartó del oficial.

Poco más allá descubrió a Don Clarmay, el moreno chato amigo de Diana, que se hallaba abrazando a una dama con aspecto de millonaria, al lado de una mesa situada cerca de la piscina de aquel palacio flotante llamado *Queen Helen*.

—¿Cómo se ha colado aquí? —rezongó Johnny.

El moreno chato arrugó las facciones.

—¿Es que siempre me tiene que sorprender cuando estoy ocupado? Deje de interrumpir mi jornada laboral, canastos.

—¿Quién es? —inquirió la dama, que debía tener unos cuarenta años.

—Un piojoso detective, amor.

—¡Cielos! —exclamó, alarmada, la cuarentona—. ¡Quizás lo envió mi marido que no cesa de vigilarme!

Cuando se largó trotando, Don Clarmay se dio a todos los diablos.

—¿Qué he de hacer para que me deje en paz, Morgan? ¿Debo romperle los huesos?

—Ya lo intentó, Don Clarmay. Recuérdelo. Y también intentó atravesarme con una bala.

Don Clarmay emitió una risita seca.

—Sólo quise asustarle, detective. Nunca he matado a nadie. Nunca, detective.

—¿No, eh?

—Ya sé lo que está pensando de mí, detective.

—No, porque me arrojaría esa silla a la cabeza, Clarmay.

—Deje su maldito sentido del humor, detective. Yo no soy lo que usted cree.

—¿De veras?

El moreno Don Clarmay tuvo una chispa de sinceridad en sus ojos que Johnny alcanzó a captar. Parecía algo bebido.

—Me gano la vida acompañando a damas de alcurnia. Pero no me dedico a la delincuencia.

—Sin embargo, aceptó a la mexicana Leonor procedente de unos tratantes de blancas.

—¿Quién le ha contado esa fantástica historia?

—La misma mexicana.

—Oiga, detective. Unos amigos me la presentaron para que le buscara empleo. La coloqué en casa de los Copland. Pero debe decirle que creo que es una ladrona profesional. Si, Morgan. Un día la sorprendí manejando el dial de la caja de caudales de los señores Copland. Se apartó de la caja, al verse descubierta, y se puso a silbar mirando al techo. Para disimular.

—Infiernos, ¿está seguro, Clarmay?

—Sí, Morgan. Esa muchacha le ha tomado el pelo. Seguro que le ha hablado de su problema con Inmigración y demás aventuras.

—¿Cómo lo sabe?

—La tengo muy calada, detective.

—Me ocuparé de esa pequeñaja a su debido tiempo —masculló Johnny, frunciendo el entrecejo—, ¿Qué hay de ese chantaje que quiere hacerle usted a la señora Copland?

—Uno tiene que vivir, detective. He trabajado mucho a Diana Copland y no he sacado ni para gastos. Bueno, le pedí un pellizco. Digamos una pequeña indemnización por mi trabajo.

—¿Cien mil dólares?

—Condenación, no. Sólo quiero diez mil pavos. Pero se ve que Diana confundió las cifras. Juro que sólo son diez mil de nada. No cubro ni los mínimos gastos de flores, música y demás.

—Me dan ganas de aplastarle la nariz, Clarmay.

—Eh, detective. Me ha pescado en la hora de la sinceridad.

Créame. No soy lo que usted pensaba de mí...

—Más vale así, Clarmay. —Johnny le golpeó con una derecha corta y seca en el maxilar que lo tambaleó—. De lo contrario, me ocuparía debidamente de usted.

Don Clarmay abrió la boca sangrante, sorprendido, pero descubrió a una hermosa muchacha en la barra del bar y se alejó.

—Adiós, detective. Si engancho a esa preciosidad, todos mis males habrán terminado. Es la hija del rey del algodón. ¿No se muere de envidia?

Johnny se rascó la patilla, pensando en cuántas formas de vivir había en este perro mundo.

Mientras, se dirigió hacia la parte donde se ubicaban los botes de salvamento para secar su traje de baño y al mismo tiempo recibir los beneficiosos rayos del sol.

De pronto, tres sujetos brotaron de entre los botes y lo acorralaron contra la pared.

El más alto le mostró una pistola con silenciador y gruñó:

—Tiene dos oportunidades, Morgan.

Johnny se cercioró de la mala catadura de los tres tipos.

—Estoy a la escucha, hermano.

—O se lanza de cabeza al mar y nada hasta la costa o le hago aquí mismo un relleno de plomo. El silenciador ahogará los estampidos.

—¿Y todo esto por qué?

—Ordenes.

—¿De quién?

El alto suspiró.

—Veo que nunca lo sabrá. Está claro que escoge el relleno de plomo.

—Eh, espere, hermano.

—¿A qué hemos de esperar?

—A esto, por ejemplo —dijo Johnny, y descargó la izquierda en la muñeca del tipo armado.

Sonó un chasquido y la bala rebotó en un bote que desde aquel momento haría agua si lo botaban al mar.

Johnny se ocupó del gordo que se le abalanzaba y lo rechazó de un tremendo derechazo.

El gordo saltó por encima de la borda y se dio el baño del día.

Luego Johnny lanzó un patadón al tercer hombre, y lo obligó a seguir el camino del gordo.

Retorció la mano del tipo alto armado y le obligó a apuntarse con el silenciador.

—¡Cuidado, este chisme se dispara solo, detective! Un momento,

me envía el jefe de la Fundación Mac Only, el propio Oscar Mac Only, que quiere hablar ahora mismo con usted.

Capítulo VI

LA sala de juntas de la Fundación Mac Only se hallaba ubicada en el sollado de popa del *Queen Helen* porque los ingenieros en náutica opinaron que era el lugar más estable con un mar picado y deseaban la máxima comodidad para sus dueños.

Johnny Morgan embistió la puerta por la parte de las bisagras y la débil hoja saltó en sus goznes.

Los cuatro hombres del interior se incorporaron evidentemente alarmados.

Johnny avanzó sobre la caída puerta, presa de la furia.

—¿Quién ha sido el que me envió a esos payasos con pistolas? —masculló entre dientes.

El que ocupaba la presidencia de la mesa adoptó una actitud seria y respetable sin perder la compostura.

—Mi nombre es Oscar Mac Only —dijo.

—Si quería establecer contacto conmigo no era necesario que me enviara a tres delincuentes, señor Mac Only.

—Queríamos comprobar si usted es el hombre que necesitamos. Si es el individuo adecuado para la misión que le vamos a encomendar.

—De modo que fue una prueba, señor Mac Only.

—Deje que le presente a mis consejeros, detective.

Johnny abarcó con la mirada a los tres tipos que componían la tertulia del jefe de la organización.

Mac Only, cincuenta años, cabello plateado y tipo enjuto agregó, señalando a sus acompañantes:

—El de mi derecha es Milton Joyce. Y se ocupa de los asuntos financieros, créditos, cuentas corrientes y dinero.

El aludido, Milton Joyce era un tipo de cabeza gorda, hombros poderosos y ojos como dos ascuas de fuego. Dijo, sonriendo:

—Usted es de los míos, detective. Cuando yo tenía diez años menos, era exactamente como usted. Un tipo bravo, decidido, con agallas...

—Calla, Milton —interrumpió el jefe de la Fundación.

—Seguro que cierro el pico, jefe.

Mac Only señaló al de su izquierda más próximo y añadió:

—Detective, éste es el señor Cracket. Elvis Cracket. Que se ocupa de las gestiones diversas de la Fundación.

El llamado Cracket se veía borracho como una cuba.

—Hola, sabueso —saludó, al tiempo que eructaba.

A Johnny le cayó simpático porque seguía el principio establecido por Humphrey Bogart que decía: «No hay bebedor que no sea un buen tipo.»

—Mucho gusto, señor Cracket —dijo Johnny.

—¿Hace medio whisky, hijo?

—Que sea entero... O mejor, doble —replicó el joven.

Cracket se revolvió a medias y sirvió en dos vasos, traspasando uno al visitante.

El jefe Mac Only apuntó con el dedo al último de sus tres colaboradores, un enorme gordo con doble papada y candidato a un ataque de apoplejía.

—Y el que aquí ve es Louis Fald. Relaciones públicas.

A Johnny tampoco le caían mal los gordos y le dedicó un guiño de ojo, mientras sonaba la voz de Mac Only.

—Usted va a trabajar para nosotros, señor Morgan.

—¿En qué?

—Quiero que averigüe quién mató a nuestro consejero el señor Copland. Nuestro cuarto consejero, en paz descanse.

—La policía no opina que fuera asesinado, señor Mac Only.

—Pero yo sospecho que sí lo fue.

—¿En qué se funda, señor Mac Only?

—Hay algo raro que está sucediendo a mis espaldas y quiero saber lo que es. Copland lo sabía y alguien lo mató por ello.

—Estamos de acuerdo, señor Mac Only —dijo Johnny.

—Pues póngase a trabajar. Por cinco mil dólares.

Johnny silbó.

—Por cinco mil le descubriré incluso quién mató al presidente Kennedy.

—Entonces, usted es nuestro hombre, señor Morgan.

—Copland sufría una enfermedad cardíaca al tiempo que tenía problemas con su sistema nervioso. Tomaba medicamentos peligrosos. Opino que fue envenenado de cualquier forma.

Mac Only suspiró hondamente y dijo:

—Sabemos que usted se ocupó del asunto de Copland desde el primer momento. Y también conocemos lo que le ha ocurrido por querer investigar a instancias del propio Copland, que murió casi en sus brazos. De modo que el caso es suyo.

Johnny apuró el whisky mientras contemplaba una fotografía mural que ocupaba la pared izquierda de la sala de juntas.

En el grupo fotográfico se hallaban el propio Mac Only,

presidiendo; los consejeros, incluso Copland, y media docena de personas desconocidas. Excepto un rostro de mujer que Johnny identificó en el acto. También los ojos de Johnny analizaron el rostro del jefe de la fundación, que en el retrato difería mucho de la realidad.

—¿Es usted realmente Oscar Mac Only? —inquirió.

En la sala se hizo un silencio sepulcral.

—No entiendo, detective —dijo Mac Only—. ¿A qué viene preguntarme si yo soy yo?

—Charles Copland mencionó una novela llamada *Yo no soy Tutankamen*. Fue como una clave del misterio que me dio cuando se moría. En la novela, el faraón es sustituido por un actor para poder manejar a Egipto, a gusto de los suplantadores. He llegado a pensar si usted es el actor disfrazado de Mac Only. Si el verdadero Mac Only está muerto y usted es un tal Dick Laramie. Son dos historias paralelas. Esa sería la explicación que quiso darme Charles Copland cuando murió. Y usted no tiene las mismas facciones que el de esa fotografía. Hay diferencias esenciales.

—Todos saben que sufrí un accidente de helicóptero y se me hicieron unos retoques en la cara —dijo Mac Only, muy tenso.

Milton Joyce, el cabezón de aspecto divertido, rió.

—¡Estaría bueno que usted no fuera usted, señor Mac Only! ¡Que fuera otro tipo que nos maneja como el falso faraón!

Aprovechando la rigidez de Mac Only, Johnny dijo:

—Mi obligación es sospechar de todo como hace la policía. Copland me pagó para descubrir a su asesino y juro que lo haré.

El cabezón de Joyce seguía riendo.

—¿Sabe que el teniente Wimbledon también hizo unas preguntas acerca de lo mismo? Sobre el cambio de facciones del señor Mac Only y sobre un tipo actor que no conocemos y que se llama Dick Laramie. ¿Quién diablos es Dick Laramie?

—Un actor de segunda categoría que andaba con el señor Copland. Parece que eran amigos.

Mac Only se veía algo pálido.

El borracho Elvis Cracket farfulló:

—¿Es que no queda más whisky, demonios?

El tercer consejero, el enorme gordo llamado Louis Falk carraspeó e intervino:

—Oiga, detective. Opino que usted está sacando la conclusión de que este consejo está formado por hombres un tanto peculiares. La verdad es que todos somos muy serios. Pero nos ha pillado en la hora de relajarnos.

—Me hago cargo, cabelleras —dijo Johnny.

Y, mientras, comenzó a repasar unos gruesos libros de

contabilidad, pasando muy aprisa las hojas, pero reteniendo mucho de su contenido.

—¿Qué está haciendo? —masculló Mac Only—. ¡Nadie le ha autorizado a revisar nuestras cuentas!

—Debo conocer sus ingresos, su balance último, su inventario...

Un inesperado guardaespaldas de Mac Only entró corriendo sobre la puerta derribada y trató de enganchar a Johnny Morgan por el cuello.

El joven le conectó un martillazo en la quijada y el tipo reculó como un cohete y se perdió en el corredor de donde jamás regresó.

—Tengo una memoria fotográfica, señor Mac Only —dijo Johnny—, Y creo que estoy al corriente de la marcha de la fundación,

—¿Sí, eh? ¿Y qué opina, físgón?

—Daré el diagnóstico a su debido tiempo. Tengo el título de contable por correspondencia.

Oscar Mac Only apretó con fuerza su dentadura postiza de dos mil dólares y dijo:

—Ya veo que hemos contratado a un genio.

Johnny quiso replicar, pero dos guardaespaldas más de la organización entraron como tropas de refresco del tipo que había salido escupido de la sala.

Uno era un viejo boxeador, el rostro lleno de cicatrices.

El otro era un japonés que se movía como un judoka,

Al entrar en contacto con el detective, éste se revolvió como una centella.

Incrustó el puño en el bajo vientre del boxeador y lo dejó en trance de asfixia del que no se pudo recuperar.

El japonés pegó un grito a los cuatro vientos y se dispuso a atacar con artes marciales.

Johnny sudó un poco para vencerlo, aunque al fin le conectó un cuchillazo con el filo de la palma de la mano, seguido de un trallazo de derecha en pleno mentón.

El oriental dio vueltas por el aire. Y cuando se precipitó en el suelo estaba totalmente inconsciente.

Johnny se apoyó en la mesa de juntas y dirigió una severa mirada al jefe de la fundación.

—Ordene a sus comparsas que dejen de molestarme o renunciaré al trabajo que me ha encomendado, señor Mac Only.

Este abrió y cerró la boca, lleno de perplejidad, ante un tipo tan especial como aquel detective que parecía omnipotente.

Luego, Johnny se despidió de la concurrencia con un gesto silencioso.

Jennie Adams, la secretaria de Johnny Morgan, tropezó con éste cuando se dirigía a la barra del bar de la sala de baile.

—Vaya, ya di con el señor jefe.

—Hola, ¿a qué viene tanto malhumor?

Jennie apretó los labios.

—Acabo de ver a la mexicana Leonor, que no deja de preguntar, por el detective. Luego me he tropezado con la escritora llamada Grace Martin, que me ha confesado estar enamorada de usted.

—Canastos. Apuesto a que se debe a la nueva loción que uso.

—Y por si faltaba poco, la señora Copland me ha pasado recado para que usted se ponga en contacto con ella porque tiene algo urgente que comunicarle.

—Atenderé sus urgencias debidamente.

—Me gustaría saber qué clase de urgencias tiene esa señora. Aunque creo que lo sospecho.

Johnny ladeó la cabeza.

—Jennie...

—¿Sí, jefe?

—Creo que estás celosa.

Jennie masculló una imprecación.

—¿Quién diablos está celosa?

—Tú, Jennie. Lo leo en tus ojos, en tu rostro, en tu boca...

La muchacha pegó una rabiosa patada en el suelo.

—Oh, jefe. No puedo soportar ver a tanta dama moviendo la cola en torno suyo... ¿Es que no tienen el menor rastro de Vergüenza? Y usted no hace más que darles calor... Mucho calor...

Johnny la besó inesperadamente en los labios.

Ella colaboró, poniendo mucho de su parte.

Cuando se separó, respiró hondamente.

—Señor Morgan...

—¿Sí, Jennie?

—¿Es que no ve que estoy por sus huesos?

—Por supuesto, cielo. Pero estamos trabajando y hemos de controlar nuestros sentimientos. En caso contrario, no te pagaré el sueldo.

Jennie cerró con fuerza los ojos y masculló:

—¡Apártese de mi vista, jefe! ¡Es usted odioso!

—Y tú una maravilla —la besó Johnny de nuevo en los labios.

Pero ella simuló lanzar un salivazo por la comisura de la boca y dio media vuelta bruscamente antes de desaparecer por el lado del

bar.

La orquesta compuesta de cuatro negros acabó de interpretar un rock y una pareja que llamaba la atención por sus evoluciones recibió una ovación de los presentes.

La pareja se apartó. El hombre, un sujeto de unos cuarenta años, barba negra y poblada y ojos muy oscuros descubrió al detective y se dirigió hacia él.

—No lo hago mal del todo, ¿eh?

—Porque usted es un viejales que en sus tiempos mozos practicó mucho el twist —replicó Johnny— y se las sabe todas en cuestión de bailongos... Ah, estos viejos dinosaurios...

El cuarentón arrugó los labios.

—Ya me han hablado de su fatal sentido del humor, señor Morgan.

—De modo que me conoce.

—Soy el doctor Darraw, Charlie Darraw. El médico particular de Charlie Copland. Y usted es el detective que ha contratado la señora Copland.

—Fue el señor Copland. Dios lo tenga en su seno, quien me contrató para dar con su asesino. Y me estoy ocupando debidamente de lo que motivó su defunción.

—Muy bien, Morgan, ¿qué quiere preguntarme?

—¿Cuánto tiempo llevaba Copland enfermo?

—¿Se refiere a su lesión del corazón?

—Ya sus nervios.

El doctor bailarín se rascó un lado de la barba.

—Todo le apareció en el término de cuatro' meses.

—Ajá —hizo Johnny pensativo—. De modo que Charles Copland no era uno de esos enfermos crónicos de años y años, ¿eh?

—Le ocurrió de repente.

—Opino que usted le recetaba los ansiolíticos para el sistema nervioso, así como los tónicos cardíacos. En una palabra: usted atendía sus enfermedades. Y no dejaba de advertirle que dejara el alcohol. El alcohol podía resultarle fatal en su estado.

—¿Cómo lo sabe?

—Tengo el vicio de pensar demasiado, doc. Y ahora quiero consultarle algo más.

—Pase por el Memorial Hospital Adams y tendrá su consulta por el módico precio de cien dólares.

—Estoy mal de fondos, doctor. ¿Quién hizo la operación de cirugía estética a Oscar Mac Only?

—Un joven médico muy prometedor.

—¿Dónde está esa joven lumbrera? He de hablar inmediatamente con él.

El doctor Darraw respiró hondamente.

—Murió. Sí, detective. Tuvo la desgracia de caer desde el cuarto piso de su apartamento de soltero. Lo siento, detective.

Johnny masculló algo entre dientes.

—Nos volveremos a ver, doc.

—Eh, me gustaría hacerle un chequeo porque no es normal que tenga las pupilas tan dilatadas... ¿Tiene palpitaciones?

—¿Quiere hacer el favor de irse al infierno, doc? —dijo Johnny, dando media vuelta para zanjar el asunto.

En el fondo odiaba a los matasanos. Y especialmente a los que trataban de ganar su plata buscando enfermedades imaginarias.

Se dirigió hacia el camarote de Diana Copland.

Al llegar tuvo que golpear la puerta porque estaba cerrada por dentro.

Diana abrió, el rostro empalidecido y los ojos muy abiertos.

—¡Johnny, santo cielo...! ¡Has tardado una eternidad!

—¿A qué viene tanta prisa?

Diana tragó saliva, evidentemente impresionada por algo que Johnny no alcanzaba a adivinar.

—Tengo un muerto en este camarote.

Johnny pegó un brinco

—¿Un muerto? —chilló, cerrando tras de sí la puerta—. ¿Qué muerto?

El labio inferior de Diana temblaba ostensiblemente.

—Creo que es Louis Falk, el consejero de la fundación.

—¿El gordo de doble papada?

Diana asintió con la cabeza.

Johnny dejó escapar un gemido.

—¡Si lo dejé vivito y coleando en la junta!

—Pues lo han decapitado. Espantosamente decapitado.

—Condenado me vea, ¿dónde está?

—Echa una ojeada en el baño.

Johnny abrió la puerta del receptáculo que servía de aseo y se dijo que habría sido mejor no hacerlo.

En la estrecha bañera, un cuerpo de tremendas dimensiones yacía inmóvil, sin cabeza.

Esta se hallaba justo dentro del bidet. Los ojos se asemejaban a dos pelotas de béisbol.

—Dame un whisky por vía urgente, Diana —demandó Johnny, la boca seca como un esparto.

Ella sirvió automáticamente el pedido y el joven detective apuró el vaso de un trago y añadió:

—Hay que sacarlo de aquí.

—¿Sacarlo?

—¿Es que no te das cuenta? Alguien está tratando de endosarte los muertos. Nunca podrías justificar la presencia del cadáver del gordo Louis Falk en tu camarote. El teniente Wimbledon ataría cabos. Cabos equivocados, por supuesto. Pero serían suficientes para que al final presentara una acusación. Una acusación por doble asesinato.

—Sí, Johnny. Los policías son muy retorcidos.

—El teniente Wimbledon no es tonto. La policía no es tonta. De modo que no te sorprendas que en cualquier momento, Wimbledon aparezca y apunte su dedo acusador hacia ti. Y tienes todas las de perder. Primero Charles Copland, que con su muerte te beneficia. Y ahora, un gordo decapitado que ya me dirás cómo explicarlo. Te colgará los dos muertos.

—¡Haz algo, Johnny! —gritó Diana, aterrada ante la perspectiva.

—Échame una mano, nena.

—Eh, no pretenderás que cargue con el cadáver...

—Y tú no esperarás que yo maneje solito esta ballena sin cabeza. Conque manos a la obra.

—¡Cielos, Johnny...! ¡Eres odioso! ¡No lo haré!

El joven tiró de las piernas del gordinflón y lo sacó de la bañera con tanta brusquedad que tropezó con las maravillosas rodillas de Diana.

Ella emitió un grito ahogado.

Pero se inclinó y tomó el cuerdo por los brazos.

Johnny lo agarró de los pies.

Antes de salir del camarote con el macabro cargamento, el detective echó una mirada por el corredor.,

Luego la pareja avanzó resollando por el peso del consejero muerto.

La primera intención de Johnny fue remitir el cuerpo por el ascensor que daba a las cocinas, pero el enorme volumen del muerto le hizo desistir de la empresa.

En eso, descubrió la trampilla de máquinas en el extremo opuesto del pasillo

Diana daba diente con diente, al borde del histerismo.

La tensión crecía por momentos porque podían ser sorprendidos por cualquier pasajero.

O por el propio teniente Wimbledon que estaba en todas partes. Aquel pensamiento conseguía poner la carne de gallina a Johnny Morgan.

Por fin llegaron a la trampilla de la sala de máquinas y la mano del joven tiró de la anilla.

Gracias al cielo, se abría sin dificultad.

Abajo se extendía una escalerilla de hierro.

Un vozarrón resonó desde el fondo. Sin duda el del mecánico encargado de los motores:

—¿Eres tú, Archibald?

Johnny se aclaró la reseca garganta.

—No, jefe —dijo—. Soy el chico que trae la grasa.

—¿Grasa? ¿Qué grasa, maldición? ¿Quién está ahí arriba? ¿Quién es usted?

—Ahí va la grasa, compadre —dijo Johnny.

Y envió el cuerpo del consejero escaleras abajo.

Cerró la trampilla, pero se escucharon varias exclamaciones de estupor a través de la hoja.

—¡Huyamos! —gritó Diana, blanca como la cal.

Y sin responder, Johnny la siguió como alma que lleva el diablo.

Cuando llegaron al camarote, Diana se derrumbó desfallecida en la cama.

Johnny chasqueó la lengua.

—Lo siento, preciosa. Pero aún queda trabajo.

Diana cayó en la cuenta y brincó en el lecho, soltando un aullido.

—¡Dios Santo! ¡Nos falta la cabeza! ¡Está... ahí!

—Y no es pequeña —masculló el joven, con amargura.

Capítulo VII

DIANA Copland esperaba ahora en el corredor a que Johnny saliera del camarote con lo que restaba del consejero gordo.

El joven detective apareció en la puerta y mostraba la expresión del artesano que acababa de hacer un buen trabajo.

Portaba en la diestra una bolsa de deportes muy abultada.

Los lindos ojos de Diana se abrieron de par en par.

—¡Cielos! ¿Lo... llevas ahí?

—Vamos a jugar un poco a la pelota, preciosa.

Diana tragó saliva.

—¡Qué horror! ¿Y la sangre?

—¿Qué infiernos de sangre? —movió Johnny las piernas para alejarse—. No me hables de sangres.

—Me refiero a la del baño.

—Lo he fregado todo concienzudamente con detergente.

—Dios Santo.

—¿Qué te pasa ahora, señora Copland? ¡Vamos rápido a cubierta! ¡No te quedes tan tiesa!

Johnny la tomó por la mano y tiró de ella.

La hermosa mujer avanzó a trompicones como una sonámbula.

—¿Qué clase de hombre eres, Johnny Morgan?

—Para mí un muerto es tan impresionante como una coliflor. Has de saber que fui un héroe del Vietnam. Aquello sí que era el infierno.

—¿De veras?

—Me cansé de ver muertos y parte de los muertos.

—Qué horror. Ahora me explico tu frialdad ante la muerte. Como los soldados matan y matan... —La verdad es que me pasé la guerra de cocinero. Sin apretar el gatillo ni una sola vez. Soy un cochino pacifista.

—Creo que me estás tomando el pelo, Johnny.

—Trato de distraerte. Bien, ya estamos a salvo.

En aquel justo momento, el vozarrón del teniente Wimbledon resonó por el corredor de la derecha.

—¡Alto ahí, Morgan!

Johnny y Diana hicieron chirriar las suelas de las zapatillas al detenerse.

La dama empalideció hasta que su hermosa piel adquirió un tinte amarillento.

—¡Estamos perdidos, Johnny! —susurró con espanto.

—Calma, preciosa —Johnny sonrió de oreja a oreja—. ¡Hola, teniente! Dichosos mis ojos...

Wimbledon se aproximó al galope, seguido de su ayudante rubio.

Su rostro era un poema de astucia y sospecha.

—¿Adónde van ustedes? ¿De dónde vienen?

—¿A qué contesto primero, teniente?

—No se haga el listo conmigo, Morgan.

Johnny se aclaró la garganta.

—Oiga. Wimbledon. Lo veo un tanto enojado.

El maxilar del teniente se cerró como un cepo.

—Se lo voy a decir.

—Soy todo oídos, oficial.

—El cadáver decapitado de Louis Falk, el consejero de la Fundación Mac Only, acaba de aparecer en la sala de máquinas.

Johnny Morgan abrió mucho los ojos.

—¡No!

—Sí, Morgan. Me acaban de llamar al puente de mando. El mecánico llamó allá por teléfono diciendo que alguien le había arrojado el cadáver desde lo alto de la escalerilla.

—Oiga, teniente. Eso está feo.

Wimbledon arrugó el lado derecho de la cara y se lo rascó.

—Morgan —resolló pesadamente—, apostaría a que usted ya conocía la noticia. Me lo dice mi sexto sentido.

—¿Yo? —Johnny rió en tono falso—. Tiene buenos golpes usted, infiernos.

—Morgan —la voz del teniente tenía un trémolo amenazador—, juro solemnemente que si usted tiene alguna relación con el asunto del muerto... Infiernos, le juro que será preferible para usted caerse dentro de una picadora de carne antes que caer en mis manos. Lo juro.

Johnny simuló gran furia.

—¡Oiga! ¡No voy a tolerar que me coaccione...!

—¡Cierre el pico, Morgan!

—Bueno, pero ándese con cuidado.

Wimbledon entrecerró sus ojos porcinos.

—El cadáver viajaba sin cabeza... Muy bien, Morgan. Tengo como una premonición, como una sospecha rara.

—¿El qué?

—Enséñeme lo que lleva dentro de esa bolsa de deportes.

Diana Copland reclamó la atención de los hombres cuando se le

escapó un gritito entrecortado.

Wimbledon la perforó con sus grises pupilas.

—¿Qué le ocurre, señora Copland?

—Tiene hipo, teniente —intervino Johnny—, Precisamente, íbamos a tomar unas copas para solucionar su caso. Hasta luego, teniente.

—Adiós —gruñó Wimbledon distraído.

Pero de repente pegó un brinco y apuntó con un dedo a la pareja que ya se alejaba.

—¡Esperen ahí, demonios! ¡Quietos los dos! ¡Quietos!

Johnny alzó una ceja. Se volvió a medias.

—¿Decía algo, teniente?

—¡No trate de enredarme, Morgan! ¡Quiero saber lo que lleva en la bolsa de deportes! ¡Y ahora mismo!

—Son artículos muy íntimos de señora... ujú.

—¡La bolsa!

Johnny quiso agregar algo, pero se la traspasó a la manaza del teniente.

Este abrió el saco y echó un vistazo al interior.

Diana Copland se apoyó sin fuerzas contra la pared, pero el detective la sostuvo y la palmeó en el hermoso rostro antes de que se desmayara.

El vozarrón del teniente resonó tan desagradable como una sierra mecánica.

—¡Condenado me vea...! ¡Una pelota! ¡Y un libro!

—¿Qué esperaba hallar, jefe? ¿La cabeza de María Antonieta? La señora Copland y yo íbamos a la cubierta superior a jugar un rato a pelota. Y luego nos dedicaríamos a la lectura. Deporte y estudio, teniente. Mente sana y cuerpo sano...

—¡Maldición cierre esa boca de una vez! ¡Y desaparezca de mi vista! ¡Hágase humo!

Johnny no esperó las órdenes por segunda vez.

Tiró con fuerza de la mano de Diana, tras arrebatarse el saco al teniente, y avanzó ágilmente a lo largo del corredor.

Diana respiró hondo al salir a cubierta.

—¿Cómo lo hiciste, Johnny?

—¿El qué?

—Cambiar la cabeza por la pelota... No es posible.

—¿Y quién te dijo que yo portaba la cabeza de Falk, preciosa? Me desprendí de ella antes de salir del camarote.

Diana pestañeó perpleja.

Y entonces, Johnny aclaró:

—La arrojé por el «ojo de buey» del camarote, hacia abajo, en dirección a la cubierta inferior. No me gusta andar con cabezas ajenas de un lado a otro.

—Cielos, vas a matarme a sustos.

—Lo que pasó es que caíste en la misma trampa que los espectadores cuando ven al prestidigitador que escamotea una paloma dentro de la jaula. La paloma ya no estaba «allí». Tampoco la cabeza estaba en la bolsa.

En aquel justo instante, se escuchó el agudo grito de una mujer, procedente de abajo.

El alarido hizo que muchos pasajeros corrieran a ver qué estaba pasando.

—¿Qué ha sido eso? —inquirió Diana.

Johnny se aclaró la garganta.

—Eso —dijo— es una pasajera que acaba de hallar una cabeza que le ha caído de arriba envuelta en una toalla de baño.

Diana se tambaleó desfallecida ante la tensión.

Pero Johnny la sostuvo entre sus brazos al tiempo que se decía una y otra vez que era imposible que una mujer poseyera un cuerpo tan escultural.

* * *

Al lado del *Queen Helen* flotaba un yate de setenta pies de eslora como si fuera una escolta.

El yate se llamaba *Faukland*, y siempre acompañaba a la gran nave en sus salidas, sirviendo de auxiliar.

Se utilizaba para practicar la pesca tanto de caña como submarina y la Fundación Mac Only se servía del *Faukland* para realizar algunas excursiones mientras el *Queen Helen* permanecía anclado en la bahía.

El teniente Wimbledon de la Brigada de Homicidios había aprovechado el yate *Faukland* para organizar una partida de pesca.

Era una excusa para separar a media docena de personas del resto de los pasajeros del barco grande.

Los escogidos obedecieron a regañadientes, pero no tuvieron más remedio que hacer el trasbordo. Era evidente que el teniente quería tenerlos unidos para proceder a los interrogatorios.

También se evidenciaba que allí aclararía el caso, señalaría al culpable, y acusaría a los cómplices y sospechosos.

Johnny Morgan y Diana Copland fueron convocados.

También Oscar Mac Only, jefe supremo de la fundación, y su cabezudo consejero Milton Joyce.

Los últimos en saltar a la borda del *Faukland* fueron el propio

Wimbledon y su ayudante el rubio Murphy.

Pronto estuvieron todos con las cañas en la mano.

Cuando se alejaron del *Queen Helen* arrojaron los anzuelos al agua, esperando la mordedura del pez espada.

Pasado un rato. Johnny Morgan desgranó una maldición y soltó su aparejo.

—Odio la pesca, teniente.

—Peor me cae usted, detective. Conque haga trabajar el anzuelo con la sardina de cebo. ¡Agarre la caña, infiernos!

El consejero Milton Joyce sacudió la gran cabeza y emitió una risotada.

—Debió invitar a nuestro colega Elvis Cracket, el otro consejero que nos queda. Es un buen pescador, teniente.

—Estaba borracho como una cuba —gruñó el teniente—. Y no era imprescindible para la reunión que vamos a celebrar.

Johnny levantó la visera de su gorra.

—De modo que esto es una simple reunión, ¿eh, teniente?

Wimbledon le enseñó una dentadura prieta como una trampa para cazar zorros.

—Sí, Morgan. Y cuando termine, habrá gente que se arrepentirá de haber nacido. Gente que está aquí mismo.

El silencio corrió a lo largo de la cubierta de popa.

La hermosa viuda de Charles Copland tragó saliva.

Oscar Mac Only se removió inquieto en su silla.

Johnny respiró fuerte, como fastidiado.

—Oiga, teniente. Si tiene algo en su venerable buche, haga el favor de soltarlo de una vez.

—Morgan, le juro que...

—No estamos dispuestos a tolerar sus insinuaciones.

—¡Maldición, detective! ¡Usted va a ser el primero de la lista! ¡Su cabeza va a rodar primero que las otras!

—Escuche, teniente —protestó Johnny, enfurecido—, no mencione la palabra «cabeza». Bastante tuvimos con el deprimente espectáculo del cráneo de Louis Falk en la cubierta del *Queen*.

—Muy bien, genio —sonrió el policía de modo espeluznante—. Acabaré de una vez con el tema.

—Escupa.

—Usted arrojó la cabeza de Falk. ¡Fue usted, Morgan!

—¡Protesto!

Los ojos del teniente arrojaban fuego.

—Le dije que si daba con la verdad, valdría más que lo metieran en una picadora de carne. ¡Se lo dije, detective!

—Oiga, no tiene pruebas.

—El maquinista identificó su voz. Sí, Morgan. Usted modificó su voz cuando dijo: «Ahí va la grasa» y le dio el tono de la de un niño. Pero no le valió el truco. Tengo al maquinista que podrá jurar ante el tribunal que fue usted quien arrojó el cuerpo del señor Falk a la sala de máquinas.

—¿Y quién lo creería?

—Yo lo creo, Morgan. Y también creo que usted lanzó la cabeza de Falk a la cubierta por la ventana del camarote de Diana Copland. Usted es un pajarraco, Morgan.

Diana saltó, enrojecidas las mejillas.

—¡Apoyaré al señor Morgan en su declaración!

—Usted y yo también tenemos mucho de qué hablar, señora Copland —interrumpió Wimbledon, soltando espuma por los labios.

—¡No coaccione al testigo! —intervino Johnny.

—¿Conque están de acuerdo, eh?

Diana alzó la barbilla altivamente.

—El señor Morgan y yo hacíamos el amor cuando ocurrió todo y así lo declararé —mintió, de modo encantador.

—¿Ah, sí? No se pase de lista, señora Copland.

—Teniente, se aceptará mi coartada en cualquier tribunal. Y usted lo sabe.

El teniente Wimbledon emitió una risa de hiena feroz.

—Usted no podrá servir de coartada a nadie cuando yo acabe de trabajarla, señora Copland.

Johnny masculló:

—¡Tenga cuidado con sus palabras, teniente!

—¡Y usted cierre esa boca de una vez, Morgan!

—No me da la gana.

El ayudante del teniente, el rubio Murphy, intervino sacudiendo una porra de bolsillo que conservaba después de hallarla a un delincuente que detuvo.

—Yo lo haré callar, jefe.

Johnny lo apuntó con un dedo sin mirarlo.

—Atienda, teniente Wimbledon. Dígame a este Míster Universo que deje tranquila la porra o lo mandaré al agua para que sirva de carnada a los peces.

Murphy avanzó un paso.

Wimbledon lo detuvo con un gesto.

—Oiga, detective cochambroso. Lo que diga la señora Copland no servirá de nada una vez que se le acuse de asesinato.

Todos quedaron enmudecidos.

—Quise decir «doble asesinato» —prosiguió Wimbledon—, Ella mató a su esposo con una ración múltiple de medicinas.

—No podrá probarlo —apuntó Johnny.

—Probaré primero que mató al grueso señor Falk. Sí. Probaré que lo golpeó en el cogote con un instrumento pesado y, a continuación, procedió a aserrarle el cuello con un cuchillo eléctrico de los que usan en la cocina. Lo hallamos en la pequeña cocina del camarote de la señora Copland. Y tiene sus huellas. Además de sangre de Falk.

—¡Yo no maté al señor Falk! —gritó Diana.

—Por supuesto que no, Diana —intervino Johnny—, Es lógico que hallaran tus huellas en un cuchillo de uso particular. El asesino lo sabía y procuró no borrarlas para inculparte.

—Miren al abogado de pacotilla —sonrió el teniente.

Luego, sacudió la cabeza con pesar y agregó:

—Detective, puede dar gracias al cielo que usted no está complicado, excepto por transportar el cadáver.

—Ya es un alivio.

—Sí, Morgan. Pero trató de ocultar pruebas. Muy feo.

—Insisto en que no tiene pruebas.

—Me conformaré con romperle la licencia de detective, darle una patada en el trasero y sacarlo del Condado. Tendrá que volver a vender coches usados otra vez. ¿O continuará como piloto de fórmula uno? Seré todo menos detective privado.

El jefe supremo de la Fundación Mac Only intervino tras un carraspeo:

—Perdone mi observación, teniente.

—Hable. Mac Only, hable... Me gusta escuchar a la gente.

—Usted debe justificar las acusaciones. Puede explicar, tal vez, que la señora Copland mató a su marido para heredarle. Pero no comprendemos por qué tuvo que eliminar al señor Falk.

—Porque el señor Falk descubrió muchas cosas más. Descubrió que Diana Copland tenía un socio, un cómplice. Ella mataría a su marido y heredaría una gran fortuna. Pero había otro gran negocio a la vista. Diana Copland y su misterioso socio también controlarían la fundación...

—¿Controlar la fundación?

—...Y hasta la liquidarían y se llevarían todo el dinero que pudieran cargar.

—Yo lo habría impedido. Soy Oscar Mac Only, el presi...

—Oscar Mac Only sí lo habría impedido. Pero usted no es Oscar Mac Only. Usted es el socio de Diana Copland.

Todos tragaron aire con fuerza.

El consejero de gruesa cabeza y aire divertido, llamado Milton

Joyce, fue el primero en reaccionar.

—Demonios, tiene gracia. Johnny Morgan ya insinuó algo de una suplantación en nuestro despacho... Eh, señor Mac Only... ¿Quién es usted en realidad? ¡Dígalo de una vez!

Mac Only estaba pálido, temblando el labio inferior.

—Sí, teniente. Sírvase decir quién soy yo, si no soy el verdadero Mac Only. Dígalo de una vez.

Wimbledon chasqueó la lengua.

—Usted es Dick Laramie. El actor desaparecido. Usted es un impostor, ocupando el verdadero lugar del presidente Mac Only. Porque Mac Only, el verdadero, lo más probable es que ustedes lo arrojaron al mar y jamás lo hallaremos.

Capítulo VIII

TRAS la declaración del teniente Wimbledon, los circunstantes guardaron largo silencio como si se hubieran convertido en estatuas de granito.

Una bandada de peces espada debió inundar la zona porque las cañas de todos se doblaron a un tiempo.

Pero nadie pensaba en la pesca y las cañas saltaron de sus manos perdiéndose en el mar.

Johnny mantuvo la suya en la mano. Tiró. Después de un minuto, utilizó el gancho para extraer un ejemplar de cien libras al que liberó cortando el aparejo y devolvió al agua.

De repente, todos quisieron hablar al mismo tiempo y no hubo quien se entendiera.

Fue cuando se escuchó una voz seca por detrás del grupo:

—¡Todo el mundo con las manos en alto!

Wimbledon y sus acompañantes de la jornada de pesca se dieron vuelta y quedaron estupefactos.

Los tres únicos hombres que tripulaban el yate mostraban sendas metralletas.

El rubio ayudante de Wimbledon quiso imponer el orden y echó mano del revólver reglamentario.

El más alto de los tipos armados, un sujeto huesudo, apretó el gatillo y restalló una ráfaga.

Las balas se llevaron el sombrero de pescador de Murphy y le arrancaron cabellos rubios.

—A la próxima, le vuelo los sesos, polizonte.

—¡Ike Fellow! —exclamó, atónito, el ayudante de Wimbledon, despeinado por los proyectiles.

—¿Se acuerda de mí, polizonte? Usted me envió a la prisión de Chino, pero me fugué haciendo un túnel con la cuchara. Ahora sabrá lo que vale una ración de plomo en el estómago.

Johnny se aclaró la garganta e intermedió:

—Eh, señores, ¿les parece correcto interrumpir una conversación privada mientras practicamos la pesca...?

—¡Cuidado, Morgan! —gritó Fellow—. ¡No se mueva o lo aso!

Johnny se detuvo a pocos pasos del tipo.

—Ya me quedo quieto, Ike Fellow.

—Todos de espaldas. ¡Vamos, Palomino, regístralos y quítales la artillería! ¡Ayúdale, Kirkoff!

Palomino, un sujeto de origen latino, gruñó, asintió y en menos de quince segundos, sacó las armas de los policías y las arrojó al mar además de cachear al resto de los pescadores.

Kirkoff parecía extranjero, muy calvo, con ojos de loco.

Intentó registrar a Diana aunque ésta iba en traje de baño.

Ella le sacudió un bofetón y el de los ojos de loco trastabilló de lado.

Johnny quiso aprovechar el incidente para arrancarle la metralleta a Kirkoff.

Pero intervino Ike Fellow y descargó el cañón del arma sobre el cráneo del detective privado.

Este cayó de rodillas, gimiendo de dolor.

Enfocó con la mirada al trío de asesinos y apenas pudo ponerse en pie porque le fallaban las piernas.

Ike Fellow lo observó con malignidad.

—Detective Morgan, me gustaría mucho hacerle un relleno de plomo. Pero el jefe nos ha dado órdenes para que sea usted el que aclare este lío de asesinatos que ha montado el teniente Wimbledon. El jefe quiere que todos se enteren antes de morir. Y usted está en posesión de la verdad.

—¿Dónde está su jefe, Ike Fellow?

—Ahí en la sala grande.

Todos dieron un respingo unánime.

El grupo avanzó en bloque hacia el salón central del yate, que servía de comedor y bar.

Johnny desparramó la mirada y no vio a nadie.

Wimbledon masculló una imprecación y se revolvió.

—¿Qué juego es éste, Ike?

—Usted guarde silencio en toda la sesión o le meteré una ristra de balas en ese buzón de correos que tiene por boca, polizonte mugriento.

Wimbledon intentó atacar a Ike y recibió su merecido.

Ike lo golpeó una, dos, tres veces con dureza en el cráneo manejando el arma como un martillo.

El teniente Wimbledon rodó por el piso, soltando alaridos de rabia y de dolor.

El ayudante rubio también quiso probar suerte y fue castigado con un patadón en el estómago que lo remitió a un sillón donde quedó dando arcadas.

Mac Only y Joyce entraron a base de puntapiés propinados por el

trío armado.

Hasta Diana recibió el impulso de una palmada en el trasero que le aplicó el tipo de ojos de loco llamado Kirkoff.

Acomodados los pasajeros e impuesto el orden, Ike Fellow disparó una ráfaga por encima de las cabezas de los prisioneros para amedrentarlos y anunció:

—El Gran Jefe les va a hablar. Nosotros tenemos instrucciones de quedarnos afuera sin escuchar. Si alguien se asoma recibirá la ración de inmediato. He dicho.

Luego cerró la puerta con llave y, a través de las ventanas redondas, los encerrados pudieron ver los cañones de la artillería.

El teniente Wimbledon se masajeó la cabeza para recuperarse de los martillazos que habla sufrido con el cañón del arma.

—Eh, ¿dónde está el que llaman Gran Jefe? Ike Fellow nos ha engañado. Dijo que se hallaba en este recinto.

—No, caballeros —dijo Johnny Morgan—, El asesino está presente. Lo tenemos en la tertulia, entre nosotros.

El teniente levantó el faldón del sofá para ver si había alguien escondido abajo.

—¿Aquí? Aquí no hay nadie.

Johnny apuntó con el dedo a un transmisor ubicado en un rincón del recinto, sobre un mueble.

Era evidente que el aparato transmisor funcionaba, a juzgar por un piloto luminoso encendido en el cuadro de mandos.

Johnny se aclaró las cuerdas vocales y se dirigió al aparato, desde la distancia que lo separaba.

—¿Nos está escuchando, Gran Jefe? —dijo.

Por el altoparlante se oyó una seca risita y luego una voz gangosa a causa de la transmisión.

—Sí, damas y caballeros. Les oigo perfectamente.

Johnny suspiró.

—¿Lo está viendo, Wimbledon? El tipo que organizó todo el cobarro nos oye y lo escuchamos perfectamente. Es como si estuviera en carne y hueso presente.

—¿Desde dónde transmite? —quiso saber Wimbledon.

La voz gangosa respondió a través del aparato.

—Estoy hablando desde el *Queen Helen*, señores.

—¿Y quién es usted? —volvió a decir el teniente.

—Estoy seguro de que el detective Johnny Morgan lo explicará todo. Para ello les he convocado aquí en el recinto.

—¿Este aficionado?

—Sí, teniente. Me consta que Morgan está en todo el asunto.

Donde ustedes, la policía, han metido la pata, el joven Morgan tiene la clave de la verdad.

Wimbledon miró ceñudo al detective.

—Escupa, Morgan. El tipo del altavoz confirmará sus palabras. Si es que usted sabe realmente algo consecuente.

Johnny se paseó por el recinto.

—En primer lugar, ha quedado pendiente la acusación que usted le ha formulado al señor Mac Only. Usted ha declarado que el señor Mac Only no es él mismo. Usted asegura que es un actor llamado Dick Laramie que lo está suplantando. Y que el verdadero Oscar Mac Only está muerto.

—Más o menos.

—Pues se equivoca de arriba abajo, teniente.

—¿De veras?

—Por lo menos en parte, teniente.

—Explíquese, detective parlanchín.

Johnny se armó de paciente y dijo:

—Este señor Oscar Mac Only es el verdadero. Nunca ha sido suplantado por nadie. Usted sacó esa maldita idea del libro de Grace Martin *Yo no soy Tutankamen*. Usted creyó que el difunto Charles Copland quiso informar de ello en sus últimos momentos. Quiso desenmascarar a un tipo que se hacía pasar por el jefe de una organización. En este caso, la Fundación Mac Only. Pero no es exactamente así.

—Demonios, estoy hecho un lío.

—Se dejó llevar por la fantasía' teniente. Si Charles Copland citó la obra de Grace Martin, no fue para aclarar que aquí existía una suplantación. No hay suplantación, ni sustitución de personalidad. No es como en el libro del faraón. Y usted leyó el libro porque faltaba de la biblioteca de los Copland. Usted creyó que, como sucede en el libro de Grace Martin, el jefe es sustituido por un actor introducido por los malos.

—Entonces, ¿en qué agujero se esconde el actor Dick Laramie? No hemos podido dar con él. Luego tiene que ser este que llamamos Mac Only. Mientras Mac Only está ya en el fondo del mar.

—No, teniente. Mac Only, el verdadero Mac Only, es éste. Lo que pasa es que también es Dick Laramie al mismo tiempo.

El teniente Wimbledon sacudió la cabeza como mareado.

—Que me aspen si lo entiendo. ¿No es éste un buen lío?

—Sencillo de aclarar, teniente —prosiguió Johnny—, Este señor Mac Only tiene una afición muy particular fuera de sus negocios. Una especie de «hobby». Es actor. Sí, teniente. Actor. Le gusta actuar en teatros de tercera categoría. ¿Entiende? Es un amante de la escena. Y

en sus ratos libres trabaja en teatros de variedades de mala muerte. Y por poco dinero. Por fomentar su afición. ¿Acaso usted no es aficionado a la pesca y es policía al mismo tiempo? Pues bien, el señor Mac Only tiene su afición al teatro. Y al parecer lo hace muy bien. Lo que ocurre es que ese tipo de actividad no le parece serio de acuerdo con su papel de presidente de la Fundación Mac Only. Entonces trabaja clandestinamente, en secreto, en los escenarios baratos. Y se hace llamar Dick Laramie en la escena. O sea, como un seudónimo.

—Infiernos —estalló Wimbledon—. ¿Es cierto, señor Mac Only?

Este asintió como avergonzado.

—Soy un enamorado de la escena, de las tablas, de las luces de candilejas. Mi nombre de guerra es Dick Laramie. Y canto y bailo en el Burlesque Rojo. Y en el Avispa Variedades.

—Demonios.

—Sí, teniente, tengo esas aficiones, como ha dicho el joven Johnny Morgan. Al día siguiente, recupero mi personalidad de presidente de la fundación y nadie sospecha mis actividades como actor. Excepto Copland que sabía de mi doble personalidad.

Oscar Mac Only acabó su explicación dando unos pasos de baile, al estilo Fred Astaire, del mejor estilo.

—Que me ahorquen —masculló el teniente—. Bien hemos metido la pata. ¿Cómo llegó a esa conclusión, Morgan?

Johnny emitió un silbido.

—Mi secretaria trabajó de investigadora y me pasó un informe. Eso, añadido a mis teorías deductivas, ha descubierto la verdad. Es el nuevo método que nos enseñan en la Academia Internacional de Detectives. Aunque confieso que después de leer la obra de Grace Martin, también estuve a punto de caer en la misma trampa que cayó usted. Por poco creo que Charles Copland quería informarme que existía una suplantación en la fundación al mencionarme lo del libro *Yo no soy Tutankamen* cuando moría.

—¿Y por qué habló del libro cuándo expiraba?

—Teniente —suspiró Johnny—, todo se lo aclararé a su debido tiempo, y ya verá que tiene su lógica.

—Acabó de confundirme cuando me enteré de que Mac Only había sufrido una operación en el rostro por aquel cirujano joven que se cayó desde su piso de soltero. Creí que existía toda una confabulación. Incluso creí que el cirujano joven había sido asesinado para que mantuviera silencio en lo del cambio de personalidad de Mac Only.

—No hubo cambios, teniente. La caída del cirujano fue accidental. Y no porque arreglara el rostro de un actor para que se pareciera a Oscar Mac Only. Estaba borracho y dio la vuelta hacia el

vacío.

Oscar Mac Only masculló una imprecación e interrumpió:

—Señores, fue estúpido por parte del teniente Wimbledon confundirme con un actor suplantador. Soy actor en mis horas libres. Y si me lo hubiesen preguntado oficialmente, lo habría confesado a pesar de llevarlo en secreto porque consideraba que no era serio para mi condición de presidente de la Fundación Mac Only. Si uno es actor aficionado, la gente no lo toma en serio en sus negocios.

El teniente Wimbledon, malhumorado, se dirigió hacia el aparato de comunicaciones.

—Eh, usted. Voz Misteriosa, ¿qué opina de todo esto?

—La teoría expuesta es correcta, teniente.

—¿Quién es usted?

La Voz Misteriosa se aclaró con un carraspeo y dijo:

—Que lo diga Johnny Morgan. Es un tipo demasiado listo.

—Hable. Morgan —gruñó el teniente.

—¿Por dónde empiezo?

—Primero dígame quién nos está hablando como el Gran Jefe, o sea como el asesino o el villano de toda esta comedia.

Johnny dejó escapar unos segundos.

—Elvis Cracket.

Wimbledon dio un respingo.

—¿El consejero borracho?

—Sí, teniente.

—¡Maldición, si me lo dejé en el *Queen Helen* porque estaba como una cuba!

—Fue un maldito error, teniente —dijo Johnny—. Elvis Cracket, el hombre que nos está hablando por radio, es el cerebro de todo este asunto y estaba muy sereno. Le tomó el pelo.

—Explíqueme.

Johnny asintió de una cabezada.

—Todo este enredo es la mar de simple, teniente. En cambio, usted ha confundido personalidades, ha acusado injustamente a la señora Copland e intentó colgarle dos asesinatos. Y para postre se ha dejado al cerebro del asunto en el *Queen Helen*. Usted no ha dado una en el clavo teniente.

—Eh, jefe —dijo el rubio ayudante Murphy, interrumpiendo— no deje que este detective de pega le hable así.

—Tú te callas, Murphy —gruñó el teniente—. Por culpa de tus teorías, he armado el enredo y hasta hemos hecho el ridículo.

—Me callo, jefe. No me oirá en un buen rato.

Wimbledon miró a Johnny Morgan.

—Adelante, lumbrera. Siga dándome sorpresas.

Johnny acabó de mordisquearse la uña del pulgar.

Todos estaban pendiente de él.

Escuchaban atentamente: La señora Copland, el silencioso y cabezón Milton Joyce, el teniente, Oscar Mac Only y el rubio ayudante del teniente Wimbledon.

También atendía en silencio, a través de la radio, el tipo que se hallaba en el *Queen Helen* y los tenía allí prisioneros en el yate *Faukland*.

—Señores —prosiguió Johnny—, el caso está resuelto del modo más sencillo.

Hizo una pausa y agregó:

—La Fundación Mac Only tenía dificultades financieras. Entonces se le ocurrió al falso borracho Elvis Cracket el plan para apoderarse de la misma. Pidió dinero prestado a Charles Copland. Este concedió la pasta. No era la primera vez que echaba un cable financiero a la fundación. Pero en esta ocasión, Elvis Cracket manipuló los libros de modo que él mismo aparecía como el financiador. En un momento dado, él tenía la intención de desenmascararse y erigirse como dueño y señor de la fundación. Manejaba los documentos como le daba la gana. Recuerden que él es quien lleva las gestiones diversas de la fundación. Esta pronto estaría en sus manos. Pero ocurrió lo imprevisible. Charles Copland sospechó la jugada. Y quiso denunciar a Elvis Cracket. Lo amenazó con descubrir sus manejos. Con delatarlo ante la fundación. Y ello acarreó su muerte. Cracket ordenó que lo envenenaran. Cuando Copland vino a mí, sabía que estaba amenazado de muerte. Habría sufrido varios atentados. Pero murió en el último.

—¿Puedo interrumpir? —dijo Wimbledon.

—Adelante, estamos acostumbrados a sus interrupciones.

—Bien, detective. ¿Cómo murió Copland?

—Le endilgaron una proteína del ricino. Un veneno que no deja rastro. No se trató, pues, de una sobredosis de ansiolíticos proporcionado por su esposa, en combinación con el alcohol.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Porque me leí el libro de Grace Martin titulado *Yo no soy Tutankamen*. Ahí se describe un veneno de esa categoría, aunque de un modo anacrónico. Este veneno consta en un libro muy corriente que ha sido prohibido por el Tribunal Supremo del Condado de California y que se llama *Cómo matar sin dejar huellas*.

—Lo conozco —gruñó Wimbledon.

—La forma en que murió Copland se ajusta muy bien a los efectos producidos por la proteína del ricino, el veneno que no sale a la luz en las autopsias y que mencionó Grace Martin en su novela. Por eso usted

no obtuvo nada en limpio con la autopsia de Copland.

—Siga.

—Me enteré de las dificultades financieras de la Fundación por un vistazo que eché a los libros en el despacho de la sala de reunión de la junta. También tengo una copia de la cuenta corriente de Charles Copland que me proporcionó su viuda, aquí presente. Las cantidades correspondían aproximadamente.

—¿Todo esto lo ha aclarado con su visita al *Queen Helen*?

—Sí, Wimbledon. Y también pude contemplar una fotografía mural en la sala de juntas, una fotografía donde hay algunos personajes de la fundación. Allí descubrí un rostro de mujer muy conocido para mí.

—¿Qué rostro?

—En la fotografía se hallaba, en tercer plano, la cara de una mujer que me resultó familiar. Una mujer a la que yo conozco mucho y que estaba muy relacionada con Elvis Cracket. Por eso, estoy seguro de que Cracket se sirvió de ella para matar a Charles Copland.

—Eso es gratuito, Morgan. Usted no puede saber tanto.

—Sí, teniente. Es muy casual que la chica estuviera en el retrato personal antiguo de la fundación. Ello quiere decir que conocía muy bien a Cracket y pudo estar en combinación con él. Vi su cara en el viejo retrato aunque está más joven. Pero no se me pasó por alto su cara y fue muy revelador que ella se encontrara en el grupo fotográfico. Resultaba sorprendente.

—¿Quién era la mujer de las sorpresas?

Johnny se tomó un respiro.

—Grace Martin. La autora del libro *Yo no soy Tutankamen*.

Todos dieron un respingo.

—¿Pertenebió ella a la plantilla de la fundación antes de ser escritora? —exclamó Wimbledon.

En eso, la voz del aparato de radio se dejó escuchar en todo el recinto.

—Sí, señores. Morgan tiene razón al establecer esa relación. Grace Martin fue una empleada sin fortuna en la fundación. Luego, se despidió y se dedicó a escribir novelas de ciencia ficción. Pero yo mantenía contactos con ella. Demonios, Morgan, es usted muy observador. Sí, la chica trabajó con nosotros. Y yo la tenía bajo mi cuidado. Gracias a mis influencias, ahora es una escritora de fama.

—Y usted le pidió que matara a Charles Copland.

—Primero tuve que convertirla en amante de Copland:

Johnny rezongó:

—Era la pieza que me faltaba para explicar este lío.

—Me serví de ella como instrumento, detective.

—No entendía cómo la autora del libro estaba tan cerca de Charles Copland. Ahora está claro. Es la mujer que pasó la noche con él la víspera de su muerte, en la casa de la playa de Malibú. Donde Copland se aislaba para meditar, el pillastre.

—Premio, detective. Acertó.

—Y ella —prosiguió Johnny pensativo— fue la que le administró el veneno llamado proteína de ricino.

—Todo claro como el agua.

Johnny seguía con las cejas juntas.

—Estaba seguro, pero quería una confirmación. Desde que Copland mencionó el libro *Yo no soy Tutankamen*, comprendí que lo único que quería señalarme era el nombre de la mujer que lo mató. Era fácil. No dio el nombre de la asesina. Pero dio el título de la obra. Eran tan simple que parecía un jeroglífico. Quería decir: «Grace Martin me ha matado». En cambio, primero yo, y luego Wimbledon sospechamos que había un enredo de suplantación de personalidades y demás fantasías. En cambio, lo único que Copland quiso decirme al morir es que la que escribió el libro era la que le había adjudicado el veneno. Así de simple.

—Eh, Morgan —dijo el de la radio—. Usted es genial.

—Simple método deductivo, señor Cracket. El teniente se encargará de comprobar todas estas afirmaciones.

—Ustedes no van a comprobar nada.

—¿Por qué, señor Cracket?

—Voy a matarlos a todos, detective.

—Oiga, no exagere.

La voz del aparato de radio emitió unas sacudidas que eran producto de la risa.

—Naturalmente. Todos ustedes van a morir ahí donde están.

—Está dispuesto a liquidar al que se ponga por medio, ¿eh, señor Cracket?

—Lo mismo que ocurrió con el gordo de Louis Falk. Cuando usted salió del despacho, señor Morgan, el gordo Falk descubrió toda la confabulación y Grace Martin tuvo que matarlo.

—¿Grace Martin?

—Es mi verdugo particular.

—Esa chica es un demonio.

—Es sobrina mía. De ahí la relación y los instintos. Son cosa de la familia.

—Ahora lo veo todo claro como la luz, señor Cracket.

—Usted lo veía todo claro desde el comienzo, Morgan —dijo la voz del equipo radiofónico—. Por eso, traté de liquidarlo. Le envié a pandilleros, matones, asesinos y hasta bombas, como la que le colocó

la propia Grace Martin.

—Sospeché que era ella la del zambombazo.

—Es un tesoro de muchacha, Morgan. Mi sobrinita del alma vale su peso en oro. Ella me ha ayudado a ser un hombre poderoso. Aquí a mi lado la tengo en el micrófono. ¿Quiere hablar con ella, Morgan?

—Me encanta la dama.

En eso, se escuchó la armoniosa voz de la asesina Grace Martin, la chica de los cabellos caoba y autora del libro *Yo no soy Tutankamen*.

—Hola, Johnny querido...

—Hola, hija de perra.

—¿Por qué me hablas así, Johnny? Yo estoy auténticamente enamorada de ti. Te adoro. Eres extraordinario. Pero llegaste a adivinar demasiado. Sabías muchos y sabes. Por eso tienes que morir con todos los que están contigo. Te guardaré un poco de luto.

Johnny se sentía enfurecido. Cuando descubrió su carita en la fotografía del salón de juntas de la fundación, allá en el *Queen Helen*, sospechó la verdad y el mundo se le vino abajo porque aquella chica lo había conmovido muy adentro. Pero ahora desearía tenerla a su alcance para apretarle el pescuezo.

—¿Cómo vais a matarnos, cielo? ¿Ordenaréis a estos tres asesinos a sueldo que nos ametrallen?

Grace Martin rió cantarínamente.

—Ahora os lo explicará mi tío Elvis. Adiós, querido. Adiós para siempre, amor.

El micrófono debió pasar a manos de Elvis Cracket porque el presunto borracho dejó oír su cascada voz:

—Señores, el *Faukland*, ese yate que les tiene a ustedes a flote, va a volar por los aires.

—Oiga, Cracket. Eso es una faena.

—Tiene una potente carga de dinamita en el sollado de popa que los haré estallar y luego, ser engullido por el mar. De ustedes, Wimbledon. Murphy, Diana, Joyce, Mac Only y usted, Johnny Morgan... no va a quedar ni rastro. Luego, me apoderaré de la fundación Mac Only con todos los documentos que tengo preparados y seré muy rico. Sí, caballeros. Muy rico.

—¿Cómo piensa volarnos? ¿Por medio de la magia?

—Por medio de un activador de radio que tengo en la mano. Sólo he de apretar otro botón y ese yate saltará al espacio con todos ustedes.

De pronto, el teniente Wimbledon se dejó llevar por el pánico.

—¡Por todos los infiernos, Morgan! ¡Hemos de salir de aquí y desactivar la carga antes de que sea demasiado tarde!

Oscar Mac Only mostraba el rostro pálido como una sábana.

—¡Haga algo, Morgan!

Y también Diana Copland gritó histéricamente:

—¡Johnny, tú eres un tipo con recursos! ¡Sálvanos!

Johnny masculló un juramento.

—¿Quién creen que soy yo? ¿Acaso un mago?

El cabezón Milton Joyce, miembro del consejo, daba diente con diente y gargarizó:

—¡Le daré dos mil dólares si nos saca de este apuro, Morgan! ¡No queremos morir!

—Llamen a la policía. La tienen presente.

El teniente Wimbledon estaba ciego de terror.

—Maldita sea, Morgan. Usted tiene cacumen, cerebro, recursos... ¡Invente algo para huir de este cascarón con dinamita!

—¿Con esos tipos afuera, metralleta en mano?

—Ellos saldrán antes de la explosión. Entonces tendremos la oportunidad.

Johnny echó un vistazo afuera.

—Los fulanos acaban de echar al agua una balsa de goma para escapar. Saben que esto va a volar.

—¡No quiero morir! —gritó el ayudante del teniente, el rubio Murphy—, ¡Tengo mujer y tres hijos!

—Y yo una tía en Kansas City —replicó Johnny, molesto ante tanta histeria colectiva.

Repentinamente, la voz del aparato de radio, la voz del cerebro del plan, Elvis Cracket se despidió con alegría del grupo:

—Bien, damas y caballeros: Que tengan un buen viaje a la eternidad. Adiós a todos y muchas gracias por el buen rato que me han hecho pasar.

—¡Espere, Cracket! —gritó el teniente, y se arrojó materialmente sobre el aparato de radio, desesperado—. ¡Podemos llegar a un acuerdo!

—Corto y fuera —dijo Cracket.

Y se interrumpió la comunicación.

Estaban en un grave aprieto. Todos lo sabían.

Diana Copland, empalidecida, se echó en brazos del joven Johnny Morgan.

—No estoy enamorada de ti. Pero empezaba a quererte.

—Ya es un consuelo a la hora de la muerte —Johnny la palmeó en aquella cadera que era un portento.

—Abrázame y moriremos juntos, Johnny.

El la abrazó. Pero no estaba dispuesto a morir todavía.

—Eh, Murphy. A usted le quitaron el arma. Pero sé que los

policías siempre llevan munición en los bolsillos, ¿o no?

Murphy se palmeó el bolsillo de la casaca de playa.

—Tengo un puñado de balas.

—Haremos con ellas una pequeña bomba y saltaremos la cerradura.

—Eso no sirve en la realidad. Sólo aparece en las películas de Gary Cooper.

—Lo intentaremos. Muerda los proyectiles y hágame un pequeño montón de pólvora.

El rubio obedeció rápidamente.

Pero lo peor estaba por venir.

Sin duda, activaron desde el *Queen Helen* el mecanismo de explosión porque, de repente, se escuchó un silbido muy penetrante.

Johnny, Wimbledon y Murphy, que estaban más enterados de aquellas cosas, sintieron sus bocas secas.

Johnny anunció dramáticamente:

—Vamos a volar por los aires.

Capítulo IX

LA explosión sonó secamente.

Pero no era la dinamita del barco.

Era la pólvora que Johnny Morgan había acumulado en la cerradura del recinto en que se hallaban prisioneros.

La cerradura saltó, junto con astillas de madera.

El silbido del artefacto de abajo aullaba con fuerza como indicando que ya estaba a punto de estallar la carga.

Los tres fulanos de las metralletas también se alarmaron porque corrieron para saltar por la borda.

Johnny arrancó la puerta del recinto y salió.

Sin dudarlo, arrojóse a los pies del tipo llamado Palomino y lo derribó al suelo.

La metralleta se deslizó por el piso de cubierta.

Los dos hombres gatearon, pero Johnny atrapó la mortífera arma antes que Palomino.

Y fue cuando los otros dos, Ike Fellow, el que se fugó de la prisión de Chino, y Kirkoff, el de los ojos de loco, desplazaron las armas hacia el joven detective.

Este no tenía tiempo para parlamentar.

Apretó el gatillo brevemente.

Primero salió una ráfaga y Fellow saltó por la borda impactado por los proyectiles.

Luego. Johnny desvió el arma unas pulgadas y apretó el disparador de nuevo.

La segunda ráfaga atrapó de lleno a Kirkoff, lo levantó en vilo y cayó en el interior de un bote de salvamento.

Palomino graznó de horror y se lanzó de cabeza al agua nadando más aprisa que Tarzán cuando huía de los cocodrilos.

—¡Sigamos a Palomino! —gritó Johnny a los que le iban a la zaga

Todos se arrojaron sin titubear, aunque se rumoreaba que en aquellas aguas abundaban los tiburones...

El silbido de los explosivos del barco aullaron agudamente, alcanzando el clímax.

Y de repente sobrevino todo.

El yate pareció disolverse en la explosión.

Una bola de fuego ocupó unos instantes su lugar.

Miles de maderas, astillas y desperdicios salpicaron el agua en una gran zona.

Los náufragos descubrieron el bote de goma lanzado por los forajidos y nadaron todos a una, convergiendo en el mismo.

El primero en llegar fue Johnny Morgan y, luego, Diana que también era buena nadadora.

Johnny la ayudó a trepar al bote y cuando estuvieron juntos un momento, el joven creyóse transportado al séptimo cielo porque el cuerpo de la bella se la ajustó tembloroso del susto.

Los demás llegaron resollando.

Palomino iba con ellos y en total eran siete.

Johnny masculló una imprecación y se dirigió a todos los que trepaban por los bordes del bote de goma.

—Señores, lamento darles una mala noticia.

—¿Otra? —farfulló el teniente, escupiendo agua.

—El bote se hunde. Una de las astillas de la explosión ha perforado la parte derecha.

—Pero tiene compartimientos estancos.

—Sin embargo, nos vamos al fondo del mar.

—¿Qué quiere decir, Morgan?

—Que algunos de ustedes tendrán que seguir a nado.

Wimbledon se dió a todos los diablos.

—Que nade Palomino, que es un bastardo.

—Palomino, usted, el rubio ayudante y también el señor Joyce.

El aludido gimió:

—¡Apenas sé nadar! ¡Esta maldita gruesa cabeza me llevará al fondo! ¡Me pesa más que el cuerpo!

Johnny atrapó por la cintura a la bella Diana.

—Está bien, encanto. Tendremos que sacrificarnos en favor de los niños y ancianos. Nadaremos juntos hacia el *Queen*.

Diana asintió.

Y Johnny y ella se lanzaron al agua de cabeza.

El *Queen Helen* flotaba muy lejos del lugar del siniestro. Pero ellos eran jóvenes y lo intentarían a pesar de todo. Nadaron con ganas y se alejaron, dejando a los demás en la balsa que ya los podía sostener.

* * *

En la sala de juntas del *Queen Helen*. Elvis Cracket y su sobrina Grace Martin, la autora de *Yo no soy Tutankamen*, se abrazaron con fuerza.

—¡Por fin lo conseguimos, tío! —exclamó la bella.

—Gracias a que trabajamos de firme.

—Sí, tío Elvis.

—Lo malo es que el bastardo de Johnny Morgan dio en el clavo y estuvo a punto de descubrirnos en este barco.

—Pero el mamarracho del teniente Wimbledon los llevó a todos al *Faukland* como corderos al matadero.

—Y allí han hallado la muerte —suspiró Cracket.

—Tío, somos tan ricos ahora...

—Y lo seremos más. La fundación es ya nuestra. Mañana, los abogados harán papeleo necesario para que pase a nuestras manos. Tendremos el control de las microcomputadoras en esta parte del mercado del país. Millones y millones van a llover sobre nosotros.

—Sí, tío Elvis. Muerto Mac Only, ahora podremos hasta cambiar el nombre de la fundación y llamarla Fundación Cracket y Martin. Tío y sobrina, que van a nadar en la abundancia.

En aquel instante, un tipo francés que atendía por Marcel Lecrec entró portando una pistola.

—Eh, jefe. Los chicos quieren cobrar.

—Que entren —dijo Cracket, y extrajo una gran bola de billetes de banco.

Dos fulanos, uno delgado y alto, y otro bien vestido como los pandilleros, irrumpieron en la sala esgrimiendo sendas armas.

Cracket hizo un gesto con la mano.

—Bien, chicos. Enfunden la artillería, que ya acabó la guerra. ¿Acaso no oyeron la explosión? Ustedes van a ser miembros de mi guardia personal, a partir de ahora.

—Primero suelte la pasta —dijo Lecrec, con su acento francés—. Los muchachos quieren celebrarlo y divertirse. Y para eso, hace falta dinero.

La bola de billetes pasó de las manos de Elvis Cracket a las de Lecrec quien hizo un reparto equitativo.

Todos parecían satisfechos.

Elvis Cracket descorchó una botella de champán Moet Chandon y escanció en los vasos de la mesa ratona.

—Brindemos, señores Aquí empieza una nueva organización.

Atraparon las copas y las levantaron al aire.

De repente, se escuchó la voz de Johnny Morgan en la entrada de la sala de juntas.

—¿Puedo brindar con ustedes, amigos?

Los circunstantes se dieron la vuelta, pasmados.

—¡Johnny Morgan! —gritaron todos a coro.

Johnny avanzó tranquilamente.

No estaba seco del todo. Su traje de baño rezumaba agua y dejaba un rastro en el piso.

En la cintura ajustaba una pistola de fabricación checoslovaca que halló en el gabinete de armas. Sus dedos apenas la rozaron.

—¿Me dan una copa? Estoy mojado por fuera, pero seco por dentro.

Elvis Cracket se veía tan sorprendido que apenas respiraba.

—¿Cómo es que está vivo, detective?

—Tengo pacto con el diablo.

—¡Maldición, si el yate voló por los aires!

—Y no quedó ni una astilla.

—¡Y usted estaba dentro del yate!

—Pero me libré por los pelos.

Cracket se pasó la mano por el rostro, perplejo.

—¿Y los demás?

—Apuesto a que se ahogaron. Los tiburones tienen hambre.

Cracket emito de repente una carcajada.

—¡Entonces, enhorabuena, Morgan!

—No entiendo, señor Cracket. ¿Por qué?

—¡Si los demás están muertos, usted es bienvenido a la reunión!
¡De modo que brinde con nosotros!

—Sigo sin comprender, señor Cracket.

El hombre que se había apoderado de la Fundación Mac Only sonrió de oreja a oreja.

—Está claro, muchacho. Usted es el hombre que necesito.

—¿De veras?

—Un tipo que sabe librarse de una muerte segura; un tipo que llega a nado después de la explosión... Ese tipo es mi hombre.

Johnny cabeceó.

—Entiendo, usted quiere ofrecirme trabajo.

—Y muy bien pagado. Usted va a formar parte de mi plantilla de guardaespaldas en plan de jefe. Usted es un genio y como genio lo voy a tratar.

—¡Sí, tío! —intervino Grace, entusiasmada—. ¡Además, lo quiero con toda mi alma! ¡Es el hombre de mi vida!

Cracket refunfuñó:

—Bueno, si en vez de jefe, quiere ser mi sobrino, yo les doy mi bendición. Ustedes dos se casan y todo cae en el mismo negocio.

Grace acudió para arrojarle en brazos de Johnny.

Pero éste quedó inmóvil.

—Aparta, perra —dijo, los dientes prietos.

Ella le cruzó el rostro de una bofetada.

—¡Sucio bastardo! ¡Estás despreciando a la sobrina de Elvis Cracket! ¡Del hombre que es ahora dueño de la fundación!

—Estoy despreciando a una hija de perra que mató a dos hombres e intentó liquidar a muchos más. Eres repugnante.

En el paroxismo de la furia, Grace se dirigió a los tres pistoleros.

—¡Acaben con ese bastardo! ¡Ahora mismo!

Los tres tipos echaron mano a la artillería.

—¡Eh! —rió Cracket—, ¡Ahora estoy seguro de que se quieren! ¡Sólo los grandes enamorados se tratan así de duro!

—Cierre el pico —lo fulminó Johnny con los ojos.

Cracket arrugó el semblante.

—Adelante, muchachos. Háganle el relleno de plomo y, luego, lo arrojaremos por la borda.

Las pistolas salieron a relucir.

Johnny se aplanó contra el suelo, inesperadamente, y disparó desde allí varias veces.

La primera bala fue para el francés Marcel Lecrec.

Le partió el hueso del esternón y murió echando sangre por la boca.

El huesudo encajó otro proyectil justo en el cuello y falleció degollado.

El tercer pistolero arrojó el arma al aire y gritó:

—¡Me rindo!

Johnny interrumpió el fuego.

Elvis Cracket, miembro del consejo de administración, masculló una maldición y apuró la copa de champaña. Y a continuación dijo:

—Todos nos rendimos, Johnny Morgan, maldito sea...

* * *

La hermosa Jennie Adams entró radiante en el despacho de Johnny Morgan, sacudiendo un fajo de billetes al viento.

—¡Jefe, somos ricos! ¡Mire la plata que he recogido de la señora Copland, del señor Mac Only y del señor Joyce que le prometió dos mil pavos si lo sacaba del apuro del yate!

¡Han pagado todos y además hemos adquirido tanto renombre que tenemos muchos trabajos a la vista! ¡Dejaré de estudiar leyes!

—¿Qué ha pasado con la mexicana Leonor?

—La he remitido a su pueblo, como usted me dijo, con un buen puñado de billetes y ha jurado enmendarse.

—¿Y Diana Copland?

—Acaba de prometerse a un fabricante de jugos de naranja y limón. Unirán negocios cuando se casen esta misma semana. Creí que ella estaba colada por usted.

Johnny emitió un suspiro ronco.

—Siempre acabo así mis aventuras. Todas se casan y me dejan solo y huérfano.

Jennie no atendía demasiado a su jefe y proseguía:

—...En cuanto a Elvis Cracket y su sobrina, fueron detenidos en el mismo *Queen Helen* por el mismísimo teniente Wimbledon. De modo que todo ha quedado resuelto...

Se detuvo y de repente miró a Johnny.

—Oiga, jefe. Y yo ¿qué?

—Dime, linda.

—Quedo yo soltera.

—No entiendo.

—Que me tiene a mí como pareja. Yo le quiero a usted más que a la piel.

Johnny la estrechó entre sus brazos.

—¿Es cierto?

Ella lo besó en los labios.

—Sí, jefe. Estoy loca por usted.

—¿Para casarnos?

—¿Hay otro camino, jefe?

Johnny murmuró algo ininteligible.

Después la volvió a besar ardientemente.

FIN

PUNTO

ROJO

intriga...

**PUNTO
ROJO**

ROJO

misterio...

ROJO

suspense...

ROJO

acción...

ROJO



**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España